

PUBLIC 233

FINISTERRE

Revista de Galicia



CASTRO-GIL

PRECIO

2
PTS

AÑO I
NUM. 1

6511315195

RAYMUNDO VAZQUEZ

CONSTRUCCIONES EN GENERAL

CENTRAL PONTEVEDRA

OLIVA, 67 — TELÉFONO 66

•

MADRID: OFICINAS PROVISIONALES

ALCÁNTARA NÚMERO 6

•

EL FERROL DEL CAUDILLO

ESPARTERO, 7-13 — TELÉFONO 100

•

SANTIAGO DE COMPOSTELA

APARTADO 57 — TELÉFONO 1239

•

VIGO: Rep. Argentina, 13 — Tel. 3332

•

ORENSE: AVENIDA ZAMORA, 18

•

LA CORUÑA: OFICINAS PROVISIONALES

FONTÁN, 3-1.º — TELÉFONO 1137



FINISTERRE no sostendrá correspondencia con los colaboradores espontáneos; pero acogeremos en nuestras páginas, aquellos trabajos que, sin haberlos solicitado, se nos envíen y, a juicio de la dirección, sean dignos de ser publicados.

C E L T I C A

DE **EDUARDO
GARCIA - REBOREDO**

ASFALTOS
EMULSIONES ASFÁLTICAS
ALQUITRANES

FABRICA DE ASERRAR MADERAS

• MADERAS SERRADAS DE GALICIA •

OFICINAS:
CASA CENTRAL
R. CASTRO
TELÉFONO 163
VILLAGARCIA

SANTIAGO
C A T O I R A
VILLAGARCIA

Gerardo y Ricardo Touza Rodríguez

EXPORTACIÓN DE PESCADOS
FRESCOS Y SALADOS

COMISIÓN Y VENTA PROPIA

TELÉFONO 42
M A R I N

Dirección Postal y Telegráfica: ESTRIBELA (Pontevedra)

DROGUERIA Y PERFUMERIA

ARTÍCULOS FOTOGRÁFICOS
PINTURAS Y BARNICES

FEDERICO SELGAS

M. Quiroga, 29 - Teléf. 167 P O N T E V E D R A

CRISTALERIA "PLANETA"

FABRICA DE ESPEJOS

Rótulos en Cristal y Metal - Grabado y Decorado de Vidrios y Lunas
Biselado y Plateado - Restauraciones - Grabados - Esmerilados

J. García Priegue

TELÉFONO Oficinas y Talleres: Cristalería Planeta 3127

José Antonio, 63

V I G O

"Bodegas Regionales"

J. Luís Mondina, Suc.

VINOS, AGUARDIENTES Y LICORES

Castelar, 9 - Teléf. 1446

V I G O

CONSTRUCCIONES NAVALES Y TERRESTRES

Telegramas: TIBURCIO
TELÉFONO 15



FUNDADOS EN
1 8 5 0

“EL VULCANO” Tiburcio S. González

PROVEEDORES DE LA MARINA DE GUERRA NACIONAL

Calderería - Fundición - Motores Marinos - Garage

M A R I N

Carlos A. Vorkauf

PRODUCTOS —
FARMACÉUTICOS

V I G O

PRODUCTOS

ERKA, S. L.

ARTICULOS
DE LIMPIEZA

PINO, 20

V I G O

RENACER FILMS

DISTRIBUIDORA DE PELÍCULAS

CASA CENTRAL:
San Blás, 1 - LA CORUÑA

AGENCIA EN ASTURIAS:
18 de Julio, 54

DELEGACIÓN EN BILBAO:
Licenciado Pozas, 7

“El Pote de la Ronda”

FERRETERIA

Teléfono núm. 1978

Ronda, 38

V I G O

FINISTERRE

Revista de Galicia

MENSUAL ILUSTRADA

Director-Propietario: EMILIO CANDA • Redactor-Jefe: CELSO EMILIO FERREIRO

Redacción y Administración: Joaquín Costa, 8 • Talleres: "Gráficas Torres", D. Filiberto, 9. Tel. 202

EN la «Historia del Apóstol Santiago» por D. Mauro Castellá Ferrer, se cuenta en grato estilo ingenuamente erudito como unos vagos pueblos antiguos guiados por la estrella del Véspero la siguieron hasta verla apagarse, desde los promontorios terminales de Galicia, en el océano sin límites.

En otro libro imaginado y conseguido como un panegírico o un retablo barroco, «Galicia. Reyno de Christo Sacramentado y primogénito de la Iglesia entre las gentes...» el P. Pascasio de Seguin, jesuíta, glosando conmovidamente los últimos instantes de Jesús en el divino árbol de la Cruz no vacila en regalar al Occidente el supremo consuelo de la postrera mirada del Salvador, tendida a Galicia en la infinita caridad de Su agonía.

Por muchos caminos podemos alcanzar la emoción brumosa y persistente y el audaz concepto de límite encerrados en este nombre de epilodal augurio: Finisterre. Tan universal y nuestro. Contando desde el corazón el ala diestra, mojada su punta en mares de futuro, del vuelo de Europa.

La antigüedad previó al Finisterre antes de que las trirremes massolotas de Pytheas contemplaran los «Fachos» inspirados de la costa gallega y los legionarios de Décimo Junio Bruto pisaran la opuesta margen del río del Olvido, nuestro pastoral y bravo Limia que muere líricamente en el espaciado estuario como un poema de Antonio Nobre, hijo de sus riberas.

Ulysses creyó encontrarlo entre los ciclopes de Sicilia, los navegantes de Samos en Tartessos. Los Finisterres se superaban y desvanecían a lo largo de las empresas hasta que la voz de tormentas del Atlántico abierto formó en el oráculo de las rocas los vaticinios que ningún colegio sacerdotal pudo entender. Los druidas inspirados callaban, como los montes, soñando un porvenir, y los hombres de la cultura clásica disimularon su terror.

Juega este misterio en la historia íntima del mundo antiguo—la historia nunca escrita y solo parcialmente adivinada—como la amenaza del germano al Norte, del africano al Sur, del Partho y del Persa, bárbaros recamados de opulentas culturas, al Naciente. Pero en estos tres rumbos todo se explica. Son problemas de volumen y distancia. Tierra hostil de arenas inflamadas, bosques de agotadora lujuria, hielos, pero tierra al fin en que puede sonar rítmicamente el paso de las legiones y tenderse el camino imperial.

Pero en el Finisterre el mar no reconoce el derecho del pretor y las aves que vuelan hacia la puesta del sol no vuelven a sus nidos.

También la Britania y la Galia son Finisterres y un culto misterioso se celebró en el promontorio Sacro después llamado de San Vicente cuando el despojo del mártir lo superó en la barca guiado por los cuervos cuyos descendientes se pasean hoy por el claustro de la Catedral de Lisboa. El nuestro vence a los demás en determinación geográfica de forma y en contacto y marca entre el Celtismo y la Romanidad. Y lo consagró definitivamente la predicación del Apóstol y el milagro germinal de su sepulcro en Compostela.

Toda Galicia es, en sentido esencial, Finisterre. Tiende al Occidente. Los ríos nacen en las brañas de las sierras con ilusión de playa atlántica y de letales besos de sirenas del verde mar. Las pizarras y los valles orientales son el esquema generosamente desarrollado en las graves cumbres graníticas y en los valles suaves fluyentes a la costa de las rías. Al contacto atlántico debe Galicia su expresividad definitiva. Hasta donde llegan el soplo atlántico, las retamas de albas flores enjambres papilonáceos de las primaveras y el canto unánime de los pinares, llega Galicia.

Lo supieron muy bien sin definirlo—los poetas no definen, por no aprisionarlas, las cosas que

FINISTERRE

P O R

SANTIAGO AMARAL

Comienza hoy FINISTERRE su vida literaria con el ambicioso deseo de ser como el portaestandarte de Galicia, cuna de santos, de héroes, de poetas y de artistas, rosa de los vientos siempre abierta a todas las manifestaciones del espíritu.

Pretendemos que el resto de la Patria conozca nuestras bellezas naturales e históricas maravillosas, nuestras figuras ilustres en las ramas de la ciencia y del arte, nuestras industrias poderosas e increíbles. Queremos aportar al acervo cultural y literario de España la contribución cuantiosa y admirable de Galicia. Y, por último, anhelamos llevar a todos los gallegos esparcidos por la península—y por todo el mundo—retazos palpitantes de su tierra, mitigando la morriña que, como una constante e inefable presión, les oprime el pecho.

Prometemos superarnos en cada número, y acogemos con satisfacción cuantas iniciativas se tomen la molestia de sugerirnos nuestros lectores, que serán como un estímulo para nuestra labor.

Al salir a la luz, saludamos brazo en alto al Caudillo, Capitán de la Patria, y a las autoridades y prensa nacional.

aman—Pondal y Rosalía. El vate de Ponteceso vivió en constante Finisterre de orígenes. Rosalía se asomó, ella débil mujer, al Finisterre del dolor de su raza. A lo que no se había atrevido ningún hombre.

¿No pudiera interpretarse la Saudade como el Finisterre de las almas? Es terrible, más quien lo intenta no puede, si es leal al espíritu, volverse atrás. Renán dijo unas célebres palabras certeras sobre la Poesía de las razas celtas.

Yeats el irlandés, los bardos bretones, Teixeira de Pascoaes, nuestros poetas gallegos, responden a la inicial inspiración con acentos inmortales de actualidad del espíritu.

Ortegal, Magnus, Portus Artabrorum y su hegemonía prehistórica del mar céltico, el San Adrián, el Roucudo, el Tosto, la Buitra, el Tourián, Corrubedo, Silleiro, el Santa Tecla... Entre el concilio de graves proas terminales el cabo Finisterre luce la doble primacía de la forma lograda, casi escultórica, el culto del Apóstol y recibe en su ímpetu el consejo jupiterino del Pindo, nuestro monte Athos oceánico.

El cabo organiza en acordes el clamor de las ondas deshechas en alaridos, caídas en sollozantes claudicaciones en las otras puntas de la costa. Inicia la curva de las Rías Bajas soldando los gorrios meridionales con los ártabros nórdicos. El tema atlántico pulsa sin transiciones el pinar. Cargado de historia geológica y sentimental conserva en su entronque con tierra el cadáver desconocido de la ciudad de Duyo bajo sudario de arenas seculares.

¡Qué nunca se la escave aunque la ciencia pierda un hito y un jalón en el conocimiento del pasado! Más bella y presente en su túnica de silencios y arenas el fantasma de la ciudad se alza en las lunas marinas y el marinero de Finisterre con el orgullo de su mítico solar arranca a la vieja pipa humaredas dignas de Tristán Corbjere, el poeta bretón de la cachimba independiente, los naufragios y las ciudades «asulagadas».

«Ara Solis» precede y anuncia a Compostela. Desde la invención de la tumba apostólica—un temblor de nuevas estrellas peregrinas entrando por la ventana abierta a la noche llevó la nueva a Carlomagno dormido y el viejo paladín solo aguardó la primera insinuación de la mañana para cabalgar al frente de los Pares de Francia—el Finisterre atrae a la Cristiandad como el Eldorado de los perdones.

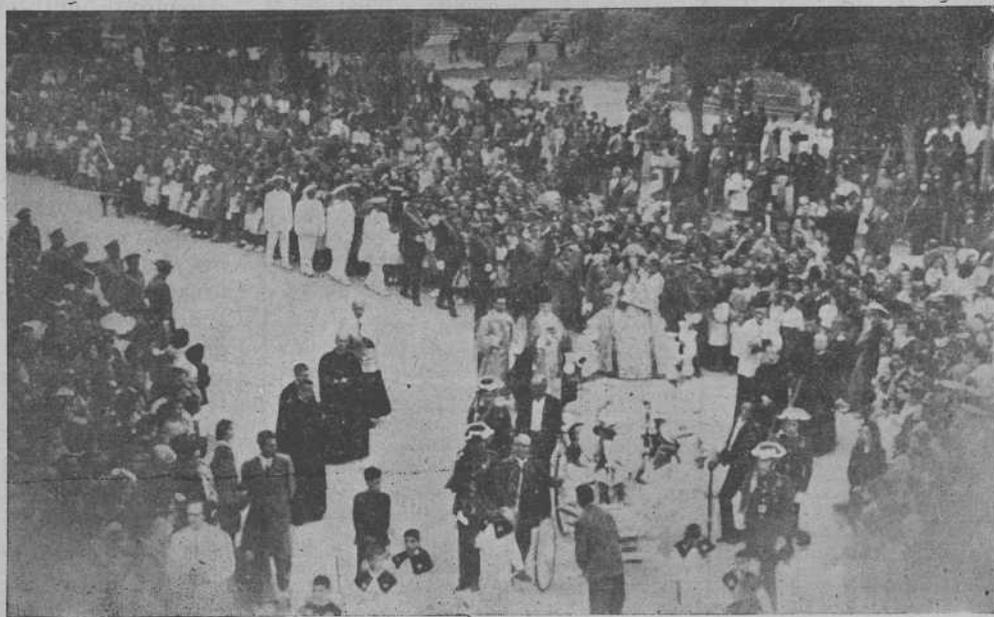
Cada Pascua y cada San Miguel la peregrinación redobla su ímpetu cordial. El nuevo arte encuentra su cauce en el camino lustral de Santiago y el Pico Sagro, el monte del Gozo, la ribera de Iria Flávia, el cabo Finisterre, componen en el átrio místico del Santuario de Compostela un paisaje único en el que las formas de la vida se trasmutan en promesas de infinito.

En las viejas leyendas las almas embarcan en el Finisterre para el reino melancólico de las sombras. Desde la revelación del sepulcro de Santiago ancla el blanco velero de las rutas de la luz. Y la concha peregrina, que en su breve escultura contiene esquemas de universos, lleva hasta los confines del Cristianismo el consuelo y la saudade del Finisterre.

En nuestro Finisterre de Galicia se cerró en clara expresión en mañanas de espino en flor el arco románico, maduró en tardes de opulentas vendimias septembrinas el fruto de lentos sabores del barroco, cantó con nuevo acento el romance occidental. Pero tales logros no significan perfección. No definen un «antes» ilustre y un «después» epilogal. Cada mañana la senda llama a las puertas de Galicia y el espíritu del Finisterre, nunca satisfecha su ansiedad de formas, marcha hacia la anulación de la forma en la plena vivencia inmortal de esencias nunca conseguida. Hasta el paisaje aspira a superar las leyes fatales de la morfología en una pura expresión. Se ha dicho, con verdad, ser Galicia el país de las despedidas.

En este constante ¡adiós! a lo transitorio residen la aparente debilidad de Galicia y la fuerza inquebrantable de su ensueño y destino.

Las fiestas de la Peregrina en Pontevedra



Procesión de la divina imagen por las calles de la ciudad. (Foto Arturo)

El último libro de Lisardo Barreiro

P O R

JOAQUIN PESQUEIRA

Acaba de fallecer en Villagarcía de Arosa nuestro compañero en la Real Academia Gallega, y viejo y querido amigo don Lisardo Rodríguez Barreiro. Y ha fallecido dejando inédito un libro muy interesante e instructivo. ¡Es una pena grande! Pero esperámos confiadamente que sus deudos lo publiquen en momento oportuno, porque ese libro, "Evocaciones", — que solo conocemos unos pocos amigos, — tiene una enorme importancia en nuestra literatura regional.

LA gente joven no sabe hoy cómo fueron en su vida física nuestros hombres esclarecidos. No sabe, con exactitud, cómo fué en Galicia la vida literaria, periodística y universitaria hace cuarenta o cincuenta años. «La casa de la Troya», — y es el único o casi el único documento de esa especie en nuestro acervo —, no nos dice tampoco, en realidad, gran cosa acerca de esos pormenores tan interesantes y tan curiosos. En cambio, sabemos, a través de muchos libros, cómo han sido esa misma época y sus hombres representativos en España, en Francia, en Alemania, en Inglaterra y aun en Portugal. ¿No nos era menester, pues, un libro que nos enseñara el ambiente de tales tiempos en esta región? Le adeudaremos esto a Lisardo Barreiro, quien al hablarnos de sí mismo, nos habla también, necesariamente, de las personas y las cosas que vió, trató y conoció. Y con un altísimo mérito más: que ese libro lo escribió un literato que ya era ilustre y respetado en su primera, agitada y fecunda juventud.

... Hemos de referirnos ahora, un momento, por cuenta propia, a este hombre de fuerte prestancia racial. Los jóvenes de hoy no habrán paladeado, seguramente, más que su última obra poética, «Escumas e brétemas», (Compostela, 1923), dedicada, adrede, a la mocedad gallega que espera, que piensa y que especula con la inteligencia. Confesémoslo: No tiene culpa esa juventud de ignorar su obra anterior: La tiene, en verdad, el propio D Lisardo R. Barreiro. Porque D. Lisardo R. Barreiro, enfrascado en sus investigaciones científicas y aherrojado por sus tareas burocráticas, se olvidó, durante muchos años, de que, por encima de todo, llevaba bien pimpante dentro de sí, un inspirado poeta y un terso prosista. (¿Será preciso aclarar que D. Lisardo R. Barreiro era, asimismo, médico, farmacéutico e inspector de Emigración?) De ahí, naturalmente, que sólo los que en edad pasamos ya del medio siglo, nos acordemos con fruición de los bellos versos de «Muestras sin valor», «Ofrenda» y «Flores marchas», y de la clara prosa de «Cartas rurales» y «Esbozos y siluetas». E igualmente de sus volúmenes científicos: «El virrey de los metales», «La esencia de trementina», «El mildew» y «Riquezas olvidadas»...

Nos corresponde, por eso, a los que vamos para viejos, aventar el polvo del esquecimiento, y advertir a los jóvenes que todavía, hasta hace pocos días, existía en este mundo, y escribía con la pujanza de un mozo, este eximio poeta y prosista contemporáneo de Curros, de Lamas Carvajal, de Pondal, de Murguía, de García



Lisardo R. Barreiro

Ferreiro, de Alfredo Vicenti, de la Pardo Bazán, de Fernández Tafall. Como ellos fué en su tiempo popular, elogiado, combatido y leído; con ellos convivió, amistó, riñó, colaboró. Pero, sin embargo, nada importa su larguísimo silencio literario, roto solamente en 1923 por el hermosísimo cohete de luces abigarradas y magníficas que se llama «Escumas e brétemas». Se le puede perdonar, porque volvió a escribir para contarnos con gracia, con amenidad y con emoción, cómo fué él en su vida y

en su obra, y cómo fueron sus amigos: amigos que dieron a Galicia, en los cincuenta últimos años, días de gloria y de esplendor. Y esto, repetimos, justifica plenamente a D. Lisardo: Nos deja el libro que en Galicia faltaba para saber mejor las intimidades interesantes de las figuras cumbres que nacieron de su tierra fecunda y que a su tierra fecunda volvieron, con la muerte, poco a poco...

D. Lisardo R. Barreiro tuvo la bondad de dejarnos hojear, con cierta calma, los originales de su libro. Quedamos verdaderamente asombrados: Son centenares los gallegos destacados que reviven en sus páginas. Y solo, atropelladamente, podemos retener un sintético catálogo de cosas y personas:

Comienza narrando su llegada a Compostela, estudiante, y su primera amistad con Alberto García Ferreiro, cuando este poeta orensano estrenó su drama «Luchar por la Patria»; su colaboración en el periodístico que dirigía Toledo Quintela y que redactaban Barja, Barcia Caballero y Alfredo Brañas; las veladas del Casino y las famosas conferencias del diputado Obaya; su camaradería con Alfredo Vilas, con los médicos y escritores Noya Picón y José Tarrío, el dibujante José Peña, el notario Cardalda, el periodista Bibiano Fernández, director de «La Gaceta de Galicia». (antes «Diario de Santiago», cuando lo redactaba Alfredo Vicenti) y en la que Don Lisardo confeccionaba la «Hoja Literaria». Recuerda luego a Bálagona, «El Estudiante del Bierzo», que una noche entusiasmó a Murguía, en la Rua Nueva, improvisando y recitando. Esa misma noche el insigne historiógrafo confesó a sus jóvenes amigos que le faltaba únicamente aprobar una asignatura para ser farmacéutico, que era lo que hubiese deseado el padre, el antiguo boticario de San Benito. Relata, en seguida, las tertulias del Café del Siglo, en la Rua del Villar, cerca del obrador de calzado de Cajaraville, y de la Confitería de Blanca, «La dulce alianza», en donde se leyeron y festejaron una tarde los primeros versos de Enrique Labarta Pose. Para pagar el gasto Don Lisardo había empe-

ñado su reloj de oro... Y otros personajes, al pasar: Amador Boullón Montenegro, de Lugo; Fuertes Cubelas, bandurrista, hoy farmacéutico en Mondariz; Ucha Alvite, de los Angeles; Parga, «Parguita», que se suicidó en Mondoñedo; Domingo Villavicencio, «Pitipá», portorriqueño, a quien se podía comparar con «El Estudiante de Salamanca», de Espronceda; Moa Figueroa, Domingo Paramés, Motrolo, «Tacatá», Nestor Pardo, Federico Rodríguez Arosa, Manuel Borrajo, de Vigo...

Como redactor viajero de «La Voz de Galicia» recorrió toda la región y cuenta, anécdotas de Fabriciano Conde, de Emilio Taboada, de Bernárdez. En Compostela conoció, ya viejecita, a la madre de Aurelio Aguirre Galarraga y acota recuerdos del poeta romántico y del ciego violinista Conde, que cantaba coplas de Aguirre y de Barreiro. Más tarde: la famosa oda de nuestro autor al descubrimiento del sepulcro del Apóstol; la letra del «Vals de Farvaro», que se menciona en «La Casa de la Troya»; su discurso en el Casino, saludando a la Tuna vallisoletana; su poesía, leída en la Universidad, en la velada necrológica de Moreno Nieto; la presidencia de la manifestación contra la reforma de Instrucción Pública del ministro marqués de Sardeña; el cenáculo en una casa de huéspedes de la Rúa del Villar, con Pedro Seoane, Augusto G. Besada, marqués de Figueroa, Lorenzo Santos Horno, y el duelo a espada francesa de Bibiano Fernández y Pedro Seoane, resultando éste herido en la cabeza y en un brazo... Después: fundación de «El Ciclón» con Alfredo Brañas, Valentín y José Peña, Higinio F. de la Vega y Fernando G. Acuña, «Cornetín»; la llegada de Carolina Otero a Compostela, rodeada de un cortejo denominado «La Pandilla»; las tunas organizadas por el médico Carballido y el músico Valverde, presididas por José Boente, Manuel Otero Acevedo y La Riva, y formadas por elementos como Curty, Hilario Parga, Antelo Ameneiro, Ucha Alvite, Fuertes Cubelas, «Pitipá» (eterno alumno de Medicina), Baladrón; y la orquesta anárquica compuesta en el Café Español por los escolares Enrique Parga, «Penelitas», Perdígón, Baladrón, Arrendiaga, Enrique García y Curty...

Y a continuación, otras anécdotas y otros recuerdos, a granel: del limpiabotas «Cañotas»; de la imprenta de Garabal, en la Rúa del Villar; del sastre Garazo y Fuentes; de las «Crechas»; de Pampín o Melchor, en la Via Sacra; de Pepe, el «Asesino». Por entonces, D. Lisardo Barreiro fundó con Javier Valcarce y el médico manco José Tarrío, el semanario «El Tricornio», que dió mucho qué hablar, qué reír y qué rabiar... Y siguen desfilando por las páginas de «Evocaciones» nuevos tipos populares: el librero Gali, catalán, anarquista e infeliz; Alfageme, catedrático de Física en el Instituto; Fernández Sáchez, profesor de Derecho; Arequimoleza, de Farmacia, que enloqueció; Esteban Quet, catalán; Villa Nadal, de pintoresca historia... Publicaba ya, a la sazón, «El Libredón», antes «El Porvenir», Alfredo Brañas, Antonio Toledo, Barcia Caballero, Barja y Jesús Fernández Suárez. «La Gaceta de Galicia», que escribían Bibiano Fernández y Lisardo Barreiro, ocupaba un predio en la calle de San Francisco, en donde fué construido el nuevo hospital... Citaremos, a voleo, nuevos personajes conocidos: los alcaldes Jeremías y Mosquera Montes; «Don Guanito», que vivía en el Preguntoiro, esquina al Sequelo, a quien Labarta dedicó un soneto titulado «Al insigne oculista Don Guán Salmonte»; Rafael Villar, medio hermano del político Linares Rivas, que andando el tiempo defendió en Madrid al cura Galeoto; Marcos Santos, autor de un libro de versos «Risas y lágrimas», prologado por Barreiro con el pseudónimo de «Adelina de Lustonó»; Jacinto Mos Figueroa, de Redondela; y Segismundo Garrido, de San Jorge de Sacos, gran prestidigitador. Y merece mención aparte, ciertamente, Pepiña «la del Cantón», vecina del Toral, que «hacía famosísimas camas».

Con Nestor Pardo redactó también Barreiro la revista literaria «La Cítara», en una casita de la Puerta Fajera, que aun existe sin reforma alguna. De este tiempo data su mayor intimidad con Alfredo Vilas y en «Evocacio-

nes» se registran muchos hechos de su luminosa existencia: la estimación en que le tenía Carvajal; el triunfo que obtuvo en ocasión del centenario de Giordano Bruno; su arrebatadora elocuencia y su muerte en El Grove, en casa del poeta Luís A. Mestre. Y ahora, amigos, vamos a hacer un pequeño viaje: sigamos a Don Lisardo R. Barreiro, que acababa de trasladar su residencia a La Coruña:

—Leyendo las cuartillas de «Evocaciones», vemos que D. Lisardo R. Barreiro fué a La Coruña como cronista especial del Ayuntamiento de Compostela, acompañando a una comisión municipal, para interesar del rey Alfonso XII la concesión del ferrocarril entre ambas ciudades, por los montes de la Tieira. ¡Y hasta hoy! Se hizo popular entonces aquella copla: «Érache un home pequeno,—de barba cerrada,—bigote tamén;—érache o duque de Sexto,—que ven a ver esto—no primeiro tren.» Por la imprenta de «La Voz de Galicia» se publicó en aquellos días su libro de versos bilingües «Muestras sin valor»... He aquí los nombres de algunos de sus primeros compañeros en las redacciones de «La Voz de Galicia», «El Clamor del País» y «El Clamor de Galicia»: Salvador Golpe, Rafael de Nieva, Ramón Faginas, Ricardo Acevedo, Froilán Salazar, Romualdo Real (director de «El Danzante»), José Martínez Fontenla, José Rodríguez Fontenla, Fernández Latorre, Marcelino Dafonte, Eugenio Carré Aldao, Rogelio Madariaga, Martínez Salazar, Juan Barco, José Lombardero, Viazcochea y Ventura García Rivera. Eran propietarios de «La Voz de Galicia» Prieto Puga y Panchó Martínez. Barreiro intimó mucho con Pondal, del que evoca sucesos muy interesantes, y por enfermedad de Victorino Novo, dirigió temporalmente «El Correo Gallego» del Ferrol. Nos cuenta igualmente D. Lisardo R. Barreiro, cómo se supo en La Coruña la noticia del fallecimiento de Rosalía de Castro y cómo se organizó la velada necrológica, presidida por Castelar, en la Sociedad de Artesanos, idea iniciada por él.

Y otra escena sugerente: Doña Emilia Pardo Bazán leyó a un grupo de amigos —Barreiro, Ricardo Acevedo, Victorino Novo, Salvador Golpe, Jesús Muruáis, Aureliano J. Pereira y Marcelino Sors,—en la buhardilla de su casa de la calle Tabernas, el manuscrito de su novela «El cisne de Vilamorta». El protagonista de este romance es o quiso Doña Emilia que fuera Curros Enríquez. Hubo comentarios. Lo supo Curros, que estalló de furor, y ello dió motivo a la enemistad profunda que tuvieron hasta la muerte el poeta y la novelista. Asimismo, se narran en «Evocaciones» otras sabrosas anécdotas de Jesús Muruáis, gran polígrafo, y por quien sentía Doña Emilia una fuerte admiración. No son menos dignas de anotar, incidencias y sucesos de Luciano Puga Blanco, de su camarada inseparable Vicente Carnota y de Rafael de Nieva, autor de «Los Proletarios». Y termina esta etapa de su vida en La Coruña, expresando el Sr. Barreiro por qué no fué a Méjico como secretario del embajador D. Joaquín Becerra Armesto; por qué no fué a Ultramar como perito químico de la Aduana de Cuba, enviado por D. Joaquín González Fiori; y por qué tampoco quiso ir a Buenos Aires, llamado por D. Justo S. López de Gomara, para redactar su diario «El Correo Español», yendo en cambio, más tarde, Ricardo Fuente...

—Y, con otro salto, ya tenemos a D. Lisardo R. Barreiro en Madrid. Apenas llegado, su mayor amigo tenía que ser Curros Enríquez, y juntos visitaban, casi diariamente, en su estudio de la calle del Horno de la Mata, al pintor de La Guardia, Manuel Angel. Allí, durante una tarde gris, el gran poeta les contó como había escrito la famosa poesía «Unha noite n'a eira do trigo». (Ya lo refirió hace años D. Lisardo en su libro «Esbozos y siluetas»). Evoca seguidamente el Sr. Barreiro sus relaciones cordiales con Alfredo Vicenti, Enrique Trompeta, Antonio Lázaro y luego con Gómez Carrillo, redactores de «El Liberal»; con Rafael Ginard de la Rosa,

(Termina en la penúltima página).

POR TIERRAS DE ESPAÑA CON LA ORQUESTA DE CÁMARA DE BERLÍN

LA AFICION MUSICAL

POR ANTONIO FERNANDEZ-CID

Comienza hoy su colaboración en FINISTERRE nuestro distinguido amigo y paisano Fernández-Cid. En las columnas de «Destino», «Tarea», «A B C», «Arriba» y otros periódicos, aparecen frecuentemente trabajos suyos sobre temas musicales, en los que deja patentes huellas de su exquisita sensibilidad y nada vulgar disposición para la crítica musical.

Fernández-Cid enviará a FINISTERRE breves biografías de los músicos españoles de primera fila; celebrará entrevistas con ellos y estudiará la obra de cada uno. Y cuando el curso musical comience, ofrecerá a nuestros lectores un resumen mensual de conciertos, preferentemente los que tengan un carácter extraordinario por el artista o el programa.

Esperamos que su colaboración sea gratísima y fecunda.

EN el curso 1941-42, llegó a España la Orquesta de Cámara de Berlín. Conozco muy detalladamente cómo resultó de trabajosa, hasta que punto se hizo difícil, la organización de una tournée para esta agrupación, posiblemente la primera del mundo en su género. Un poco alegremente, sin seguridad alguna en el buen éxito de la empresa, se preparó entonces una gira, no muy amplia, sí, decorosa.

Un año después, llegaban de nuevo los berlineses a nuestro país, y, justo es confesarlo, la celebración de sus conciertos se presentó ya mucho más sencilla que en la primera oportunidad.

Ahora, a principios de temporada, tendremos una vez más entre nosotros a esta orquesta, la perla más valiosa de las corporaciones germanas del momento.

¿La recordáis? Orquesta pequeñita, sin el aparato de las grandes masas instrumentales, sin su alarde sonoro, con la verdad de su música; esa treintena de profesores que la componen, no se puede olvidar fácilmente.

Las obras de Bach, Haydn, Mozart, Haendel, Corelli, y, ¿por qué no?, las de Brhams —¡esa arrolladora fuerza, esa atmósfera densa, caliente, enervante de su primera Danza Húngara!—, cobran una vida, un vigor, una pujanza y una pasión, no mermadas por la absoluta fidelidad, por el respeto interpretativo más total, por la más completa sumisión a la idea del autor, que caracterizan sus versiones.

Orquesta pequeña, sí;

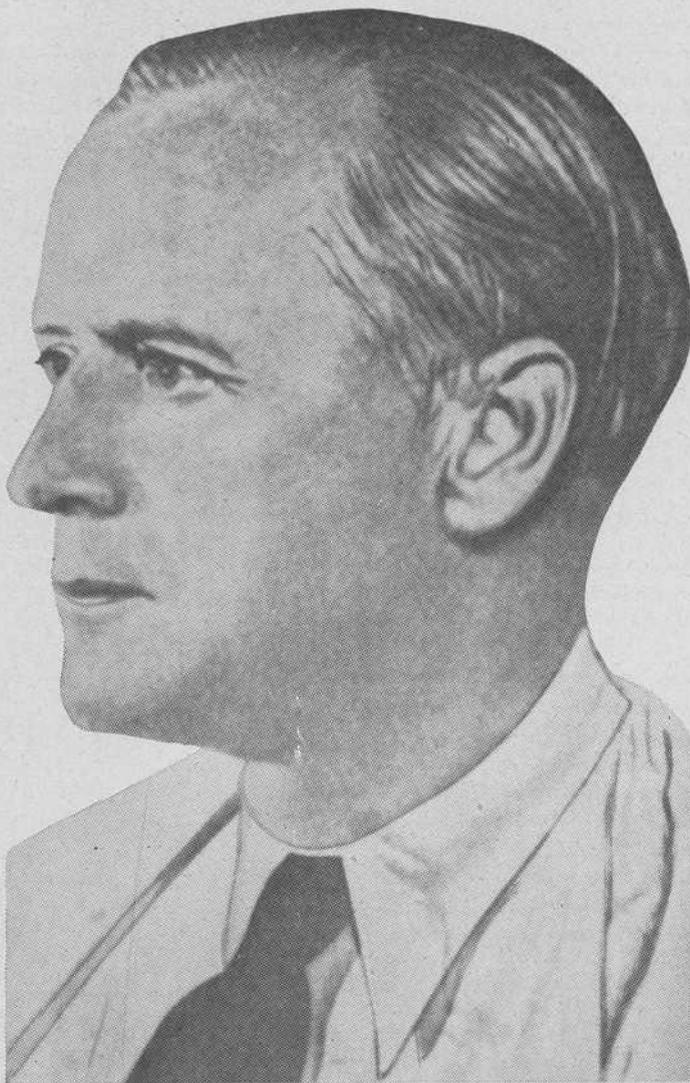
orquesta de cámara, con sus ventajas incomparables: lucha a muerte con lo individual, sacrificio del lucimiento personal en bien del conjunto, precisión de que éste lo integren primeras figuras, verdaderos virtuosos—en la pequeña orquesta todo queda al descubierto—; orquesta que suena, cuando llega el momento, a gran orquesta, que vibra, que siente con fuego

aquello que interpreta, y que consigue hacer desaparecer esa prevención, esa hostilidad, ese temor pueril, que es como la coraza de que se rodea el indolente, receloso del manjar sonoro que se le intenta servir, cuando se le presenta con el título de música de cámara, sinónimo para algunos de música incomprensible.

Una feliz casualidad, me ha permitido acompañar a la agrupación germana, en su última gira por toda España. Llevaba, lo confieso, un poco de miedo, de temor a que mi país no supiese captar la importancia de lo que se le ofrecía.

¡Con qué alegría me refiero ahora a esas dudas! Hans von Benda, Director General de Música, me ha escrito desde su tierra, y me ha hablado antes de su marcha repetidas veces, de la gran impresión que le ha producido el público español.

Figura señera del mundo musical alemán—conserva, descubre incluso, von Benda con su orquesta, una música que en la época en que fué compuesta se interpretaba por grupos de formación análogos al por él acaudillado ahora—sus ojos



HANS VON BENDA

de color clarísimo, se iluminaban, se alegraban, al hablar de sus conciertos en España, y de la acogida calurosísima que se le había dispensado. Alto, ágil, firme, de elegancia natural, sencillo dueño, del gesto, amable siempre, incluso después de viajes fatigosos y continuados; con un espíritu observador, fino, sagaz, Hans von Benda tiene de los aficionados españoles, un concepto francamente halagador para nosotros.

Yo le he visto lleno de emoción, sinceramente afectado ante los homenajes espontáneos de que ha sido objeto. Y, no sin cierto orgullo, (que por algo llevo muy hondo mi amor a Galicia, mi patria chica) he de decir que entre los más gratos recuerdos del maestro, figuran los de las muestras de entusiasta admiración que le tributó el público pontevedrés — ¡qué encanto contemplar el pequeño teatro pleno de unos aficionados cálidos, respetuosos, sincerísimos, enardecidos al terminar la actuación, y verles salir gozosos y comentar incansables la labor de director y orquesta! — y el de Santiago de Compostela, que, ya fuera del teatro, hizo objeto a von Benda de una apoteósica ovación, y le acompañó en masa hasta el hotel.

—«Dirijo—me decía von Benda—con tanta ilusión, con más ilusión, si cabe, ante estos aficionados ingenuos, sinceros, que se entusiasman y que calibran el valor de una obra, sin atender a reglas de técnica, fijos tan solo en su emoción estética, que ante ese público pedante, que se cree al cabo de la calle sobre cuanto pasa y puede pasar, y que es insensible al goce puro de la música. ¿Qué importa que falte en aquellos el hábito, la costumbre? ¿Tienen culpa, acaso, de que no se les ofrezcan más oportunidades?».

—«¿Qué afición en su país! ¡Cuántas cosas se podrían hacer! ¡Qué fácilmente se encauzaría esa facultad innata de sentir la música que posee normalmente el español!»—comentaba.

Es verdad. He recorrido con los músicos berlineses toda España, he asistido a todas sus actuaciones, he visto a los públicos de las regiones más opuestas vibrar por igual, y, ¡ay!, he asistido también a demandas lamentables, que aún ahora me sonrojan, y al par me hacen sonreír. ¿Queréis creer que ha habido una sociedad que escribió solicitando de la amabilidad de von Benda, la inclusión de sus programas—música del XVIII; melodía pura; ausencia de efectismos, de adornos preciosistas, de alardes, de finales aparatosos—de la «Célebre Tarantela» (?), y el Intermedio de «La boda de Luis Alonso»?

Nos encontramos en un momento en el que es innegable que comienzan grandes intentos de fomentar el cultivo de la música, de crear la afición a la música, de ampararla. El Estado, las provincias, ese núcleo de devotos que crean sociedades, que las mantienen contra viento y marea, apoyan, inician, cada uno en su esfera, esta corriente, con la aporta-



HANS VON BENDA ANTE EL ATRIL

ción de subvenciones, con la concesión de becas, el anuncio de concursos, y, sobre todo, la creación de agrupaciones orquestales—magnífico camino el emprendido con la formación de orquestas municipales—y de otras menos ambiciosas, pero interesantísimas, que cultivan el folklore típico, esa cantera popular que constituye nuestra mayor riqueza — ¡qué sincera admiración la de estos artistas germanos al escuchar nuestros más queridos aires, y al sentir toda la inmensidad de nuestra música popular, toda su gama, su variedad de estilos!

Esperemos que este resurgir se afiance, que cada vez sea mayor el estímulo y el apoyo al artista, que a cada momento se den mayores ocasiones al español medio de escuchar buena música, que se le oriente, en fin, sobre cómo ha de escucharla.

Los resultados no se harán esperar. Hans von Benda, sentía ya, cuando el curso pasado se despidió de España, la melancolía de dejarnos; la «morriña» de separarse de nosotros. En su último concierto, el maestro hizo interpretar el final de la «Sinfonía del Adiós», de Haydn. Como es sabido, la orquesta que inicia la página, se reduce paulatinamente, va desapareciendo, hasta que al final un violín solitario rubrica mansamente, lamentosamente, la despedida. En las palabras dedicadas por von Benda a nuestro público, señaló su deseo de que este adiós, dicho lentamente, poco a poco, por todos y cada uno de los miembros de la orquesta, se tomase como un «¡—Hasta pronto!»., lleno de admiración ante el entusiasmo y respeto de los oyentes, ante las bellezas de nuestra Patria, ante el encanto de sus paisajes, la cantidad de espléndidas obras de arte, y la gracia maravillosa de su música popular, ante—todo hay que decirlo—la cocina española. (Viene a mi recuerdo el aplauso cerrado que la orquesta en pleno ofrendó al dueño de la pequeña fonda de una estación norteña, por la «buena orquestación» de un arroz ilustrado con largueza, y servido en su punto).

Quiero confiar en que a estas admiraciones pueda añadir Hans von Benda, el convencimiento de que el público español adquirirá—también poco a poco, lentamente también, pero con paso firme y continuado—esa cultura, esa base musical, que puede y debe tener, como complemento de su instinto agudo y de su evidente musicalidad.

Madrid, Agosto de 1943.

Cuento de humor

TU ESTÁS MUERTA

por CELSO EMILIO FERREIRO

SIN duda, cuando leas estas tres palabras, claras y sencillas, tu boca hermosa sonreirá incrédulamente.

Pero tú estás muerta y bien muerta.

Sí; ya sé que sigues atormentando a los vecinos con tus manías musicales, y que todos los días, a las cinco de la tarde, devoras un trozo de membrillo en dulce, elaborado por tu mamá con arreglo a una fórmula del famoso libro «La repostaría al alcance de todos».

Ya sé que todas las noches, a las diez, después de la sobremesa, le das un beso a tu tía Rufina, con estas palabras: «Hasta mañana tía».

Sí; ya sé que sigues llevando el diario de tu vida con anotaciones minuciosas, persuadida de que podrías hacerte millonaria con solo publicarlo y, creyendo que nadie te comprende, te titulas un ser desplazado de tu medio, original, inadaptado.

Ya sé que sigues llamándote Asunción Méndez, y que tus íntimos te dicen Menchi, Menchita o, sencillamente, Chita, y que todos los días dices treinta y dos veces justas «all right», para que los que te oyen crean que has viajado por el extranjero.

Ya sé que sigues haciendo lo que tú llamas «vida de sociedad», es decir, yendo tres veces por semana a casa de las de Romo, el recaudador de contribuciones, y, una vez reunidos, tu mamá sigue diciéndote como siempre: «Chitita, dile a estas señoras cómo hacía la foca que viste el año pasado en el circo». Y tú, como siempre, sigues imitando a la foca con unos gestos que, también como siempre, siguen haciéndole muchísima gracia a las de Romo.

En fin, mujer, ya sé que tu buen padre sigue opinando que eres «el mejor partido del contorno», y que no hubo mejores tiempos que aquellos en que la bella Otero hacía las delicias de los caballeros enchisterados.

Pero, no importa: Tú estás muerta.

¿Qué no se han publicado tus esquelas? ¿Qué D.^a Camila, la coleccionista de pésames, no tiene «anotado» el tuyo? Perfectamente; pero tú estás muerta *para siempre*.

Cuando te veo cruzar por la calle con tu andar de jirafa doméstica, pienso en la terrible tragedia que te ha tocado protagonizar: Ser un cadáver en la vida de un hombre, de nada menos que todo un hombre. Y siempre digo: «He ahí un cadáver ambulante». Mis amigos no me comprenden y se ríen creyendo que mis palabras son una «gansada» con poca sombra.

Pero tú, por favor, créeme: Estás muerta irremisiblemente, definitivamente.

Te mueves, bailas, sonríes, cantas, tocas el piano, criticas a tus amigas, escribes cartas con letra de pico, lloras, rezas, suspiras, te acatarras, y sin embargo...

Créeme, mujer, tú estás muerta.

¿Qué cómo sucedió? Pero, mujer. ¡Qué ingrata memoria! ¡Ni siquiera te acuerdas!

¿Será posible, mujer, que hayas olvidado aquella tarde del día diecisiete llena de abril e inundada de paisaje y de sol?

Haz un esfuerzo, mujer. Concentra tu memoria y verás surgir en tu recuerdo, como en un «film» maravilloso, las tristes escenas de aquella tarde inolvidable, llena de pájaros y olor a tierra labrada.

Haz un esfuerzo. Verás: Tú estabas encantadora con aquel

vestido claro que te daba un aire de colegiala. Una fuente desgranaba su canción de agua pura. Un viento suave jugaba con tus rizos. Nada faltaba para que todo sucediese como sucedió: conmovedoramente y como para ser cantado por un poeta enfermo del hígado.

Había un derroche de paisaje que estaba pidiendo a gritos servir de fondo a una auténtica tragedia.

En nuestras venas cantaba la juventud su melodía eterna...

De pronto, tú, Asunción Méndez, tú, Menchi, mirándome con ojos de marino en alta mar o de esposo que sospecha adulterio, me dijiste: «Manolo, he leído que allá en el Japón muchos enamorados sellan su amor suicidándose. Quisiera morir contigo ahora mismo. ¿Por qué no nos matamos?»

Yo, como recordarás me había quitado la corbata y el cinturón con revólver y los había dejado colgados de un árbol, hacia el que dirigí una mirada turbia e inconcreta. No sabía que decirte. Quisiera explicarte que yo era un hombre vulgarísimo, de esos que para sellar el amor no conocen otra fórmula que la del matrimonio canónico. Quisiera decirte que el Japón que conociste a través de tus lecturas era un país de dudosa existencia, en el que, probablemente, Pierre Loti, nunca había estado, Quisiera...

Pero, súbitamente, una luz clara iluminó mi cerebro. Comprendí que a los dos nos convenía tu muerte; a mí porque, sencillamente, cada día me era más difícil soportarte. Ya estaba cansado de tus vulgares originalidades, como la de coleccionar autógrafos de «todo bicho viviente», y a tí porque hubiera sido la única manera de que la gente creyese que, en efecto, eras una mujer desconcertante.

Me incorporé con lentitud. Cogí el revólver y, con gesto trémulo, lo puse en tus manos. Me dijiste:

—«No, no, tú primero».

Yo, galantemente, repliqué:

—«No, primero tú. Las damas delante. Es un principio elemental de cortesía».

—«Sea», dijiste en un suspiro, y añadiste: —«Besémosnos por última vez».

Nuestras bocas se juntaron durante dos minutos y siete segundos. Después salí corriendo para no presenciar el doloroso espectáculo de tu suicidio.

Lejos ya, oí un estampido. Es cierto que bien pudiera ser el disparo de mi revólver sobre tu sien calenturienta, como la explosión del neumático de un automóvil. Pero había una tan enérgica resolución en tu mirada cuando dulcemente, quedamente, dijiste a mi oído que deseabas morir como los enamorados de Cipago heroico y galante, que ni un momento dudé; eras tú, es decir, era mi revólver, que con un soplo caliente te había suprimido.

Sentí una pena profunda por tí y por mí, amada mía. Me pasó lo que a los aldeanos de aquel cuento ruso. ¿No conoces la historia? Escucha: Había en la aldea aquella un judío. Un judío con nariz corva, que prestaba el dinero al cincuenta por ciento de interés y hacía hipotecas con pacto de retro, igual que otros muchos que no son judíos. Como es natural, sus vecinos le odiaban. Todos los días, los chiquillos tiraban piedras sobre su tejado. Todos los días rompían algún cristal de sus ventanas e, invariablemente, cuando salía a la calle, grandes y chicos le insultaban. Alguna vez llegaron a más y le «carrimaron la ropa al cuerpo», es decir le sacudieron el

polvo. El Pope, compadecido, decidió terminar de alguna forma con el vergonzoso espectáculo. Fué a ver al judío.

«Tienes que irte de la aldea—le dijo—. No hay otra manera de evitar que te molesten y golpeen».

Un buen día, el judío desapareció. Al principio las gentes lo celebraron como un éxito.

«¡Por fin! —decían—, ya no tenemos al perro judío».

Pasó algún tiempo, y en las gentes de la aldea empezó a notarse un extraño malestar, que, poco a poco, fué aumentando hasta adquirir aspecto de motín callejero. Un día, espontáneamente, se organizó una manifestación tumultuosa que se dirigió a casa del Pope.

«¿Para qué hiciste marchar al judío, si era nuestra única diversión? Nos riñes si vamos a la taberna y bebemos vodka; nos sermonas si bailamos. ¿Cómo pasar las tardes de los domingos sin el judío? ¡Queremos al judío!» —gritaba la multitud, enardecida.

El Pope, tras los cristales, contempló lleno de asombro la extraña escena.

Hizo la señal de la Cruz y comentó;

«Están locos y son crueles; necesitan una víctima para distraerse».

Exactamente me ocurriría a mí, amada mía. Yo estaba loco y era cruel. Las dos cosas a un tiempo. Deseaba tu muerte porque me llenaban de fastidio tus manías, pero cuando comprendí que realmente habías muerto, sentí una tristeza angustiosa. Una terrible tristeza que renunció a describirte, porque no tendría palabras para ello.

Te necesitaba para distraerme de tí mismo. Te precisaba para disipar mi tedio de tí. Es una paradoja que no logro explicarme, pero era así, amada mía.

Huí, como dicen que huyó Caín después del fratricidio famoso.

Fuí por el mundo. Contemplé las Pirámides. Interrogué a la Esfinge. Visité la jungla. En la Argentina fuí, consecutivamente, gaucho bravo, comisionista de trigos, periodista, etc., etc.

En el Canadá comercié en pieles, fuí buscador de oro, cacique indio, fakir, acróbata, domador de leones, pinche de cocina y descuidero.

En Hollywood transporté los decorados de las más famosas películas y abrí las portezuelas de los coches magníficos en que las estrellas —Greta, Marlene, Clark, Katherine—llegaban a los Estudios.



... Tú estabas encantadora con aquel vestido claro que te daba un aire de colegiala.

En el Brasil llegué a ser rico, pero una reyerta con unos negros cariocas, —de los cuales dos quedaron tendidos para siempre— me hizo salir del país a uña de caballo, poniendo piés en polvorosa, para huir de la silla eléctrica.

En Nueva York tuve una crisis doble: económica y sentimental. De noche, y en mi pobre cuarto de obrero descargador del puerto, te me aparecías con aquel vestido claro que te daba un aire de colegiala, y siempre me decías lo mismo:

«¡Traidor! No has cumplido tu palabra. ¡Perjuero! ¡Asesino! No me has seguido a la tumba».

Cuando yo, lleno de espanto, quería decirte mi verdad, mi drama espantoso y vulgar, algo, en fin, con que disculparme, tú te esfumabas como lo que eras, como una aparición ultraterrena, y yo me quedaba a solas con mi conciencia, atiborrada de remordimientos, mascando mi cobardía que no me dejaba arrojar al paso de un autobús o desde el 77 piso de cualquier rascacielos de la Quinta Avenida.

Cinco años vagando por el mundo como una sombra. Cinco años llorándote. Sesenta meses con mi remordimiento, como un fardo pesado y cruel, que, milagrosamente, adquiría voz y me decía. «Por tu culpa ha muerto una mujer. Por tu culpa, por tu grandísima culpa...»

Sesenta meses de continuo pésame, de luto permanente, de funeral constante por tu alma.

Odié a las mujeres. Rechacé la idea del matrimonio porque me consideraba unido a tí por vínculos eternos de sangre derramada, y a ser sincero, porque las Agencias matrimonia-

(Termina al final de "El Primer Café de Santiago")

SIEMPRE que se ha hablado del Padre Sarmiento se hizo al estudiar la enconada polémica literaria a que da lugar la publicación del *Teatro Crítico* del P. Feijóo. Por este ruidoso incidente erudito—más que por otros motivos— la figura de Sarmiento fué incorporada al mundo de la erudición y del criticismo de nuestro, todavía en gran parte ignorado, siglo XVIII. No ganó—muy al contrario, a mi juicio— gran cosa con esta forma inductoria Fray Martín, ya que así se explica el que todos, o casi todos, tengamos muy grabada en nuestra mente esta estampa del P. Sarmiento que se da a conocer saliendo a la palestra en defensa de su hermano de hábito.

Otro aspecto del P. Sarmiento que también fué —y aún viene siéndolo—

muy cultivado y harto repetido es el localista y anecdótico. En este orden de cosas se han distinguido de una manera especial los eruditos pontevedreses, quienes—todavía en estos días—vienen insistentemente repitiendo anécdotas y más anécdotas para poner de relieve el pontevedresismo de Fr. Martín.

Ambos aspectos, con todo, ofrecieron resultados favorables en no pequeña parte a la «memoria» del P. Sarmiento. Así en los últimos estudios en torno a Feijóo—los de Montero Díaz y Marañón, como hitos señeros—se deja entrever claramente la conciencia de la aportación de Sarmiento al empeño feijoniano de deshacer entuerzos al considerarle como el brazo derecho del constructor de ese gigantesco monumento literario que se llama el *Teatro Crítico* (1). En el ámbito regional—más, mucho más, que en el puramente localista y anecdótico—no podemos olvidar la valiosa aportación de las dos monografías de Antolín López Peláez, estudios que siguen siendo hoy día los libros fundamentales de que dispone la bibliografía española sobre Sarmiento. El inolvidable arzobispo de Tarragona puso en ellos todo su fervoroso entusiasmo por la figura y la obra de su comprovinciano, y el tono apoloético con que fueron concebidos ambos estudios no mermó ni un ápice el innegable servicio que prestaron a la difusión de la obra de Sarmiento.

Y ahora me pregunto yo aquí: ¿No será ya ocasión de abordar de lleno y separadamente—en cuanto esto es posible, claro está—el estudio de la significación de la obra de Sarmiento? Sin que quiera esto decir que los aspectos hasta aquí estudiados y repetidos en los manuales no puedan ser superados, ¿no será ya hora—y pareceme incluso propicia esta ocasión en que se vuelve a hablar del homenaje nacional al P. Feijóo—de caminar por senderos nuevos, menos vulgarizados a fuerza de repetir siempre lo mismo, con la intención de llegar a fijar claramente algún día y en toda su magnitud la sig-



LA FINA INTUICIÓN LITERARIA DEL PADRE SARMIENTO

P O R

JULIO FRANCISCO OGANDO VAZQUEZ

alguna de estas asombrosas «adivinaciones».

Sarmiento es para los críticos el hombre que posee una asombrosa erudición. El hacerle figurar, como se viene haciendo tradicionalmente, al lado de Feijóo, no es ya simplemente para concederle la consideración de defensor del *Teatro Crítico*; comienza ya a despuntar entre los más agudos la idea de que a él se debe gran cantidad del caudaloso material de información que en los cuadros de la magna obra feijoniana adquiere esa gracia de amena exposición que a su prosa sabe darle el gran ensayista del siglo XVIII. El propio P. Feijóo no pudo menos de aplicarle el calificativo de «un milagro de erudición» en el discurso de las «Glorias de España». El día en que alguien con firme vocación científica y sincera admiración por Fr. Martín Sarmiento se decida a penetrar en la selva virgen de sus manuscritos y, al propio tiempo, intente un cotejo de sus ideas comunes con las de Feijóo, se habrá llegado a precisar la magnitud de la deuda feijoniana, sobre la que existen ciertamente seguros indicios.

Pero la vasta erudición del P. Sarmiento no se limitó a alimentar los arsenales de elaboración de las obras de Feijóo sino que prestó también parecidos servicios, entre otros, al jesuita Terreros, al P. Flórez y al presbítero bañezano Ferreras, director de la Biblioteca Real, sus más íntimos amigos, sin que jamás consintiera que figurase su nombre como indicador, ilustrador o crítico. La participación de Sarmiento en la *España Sagrada* es bastante conocida. Consignamos aquí el testimonio de Fray Francisco Méndez, quien en sus *Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rvmo. Padre Maestro Fr. Enriquez Flórez*, al enumerar las amistades eruditas de su biografiado, destaca la sostenida con el P. Sarmiento, «primero sin segundo de su siglo», que le comunicó más que ningún otro, «pues era un mar de erudición que él derra-

nificación literaria de Fr. Martín Sarmiento? Para mí tengo que el estudio del profesor Chacón y Calvo, *El Padre Sarmiento y el «Poema de Cid»* (2) señala en este sentido una nueva orientación a la bibliografía en torno a Sarmiento, orientación que es lástima no se haya proseguido.

Con esta intención por norte trazamos esta rápida y apasionada glosa que se limita a comentar, en ciertos aspectos, aquel certero juicio de Menéndez Pelayo sobre las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*: «Esfuerzo notabilísimo para su tiempo, donde hay adivinaciones históricas verdaderamente asombrosas». Sin intentar, hoy por hoy, un análisis profundo y minucioso de esta obra nos conformamos con apuntar

maba con el Maestro Flórez siempre que le iba a visitar, que era muchas tardes, de que soy testigo». ¡Oh, si no fuese dado sorprender—para la curiosidad periodística de información científica de nuestros días—alguno de estos amigables coloquios eruditos entre estos dos auténticos prestigios de dos Órdenes monacales de tan brillante historia científica en España! Con ello tendríamos no un frío alegato capaz de restar valor a la ingente tarea histórica realizada por el P. Flórez, sino que sería para nosotros como un hálito de frescura y cordial inteligencia humana que airease las páginas de la *España Sagrada*.

Podíamos intentar un inventario de juicios y testimonios sobre Sarmiento y veríamos como todos hacen justicia a su erudición vastísima. A Gayangos pertenece el siguiente: «Fué Sarmiento una de las lumbreras del siglo y su erudición, verdaderamente inmensa, solo puede ser comparada con la de su maestro Feijóo. Echase de ver en sus escritos un noble deseo de ser útil a sus iguales, y preciso es confesar que en todas sus obras resplandece la sana crítica de un juicio recto, y que ningún eclesiástico de su tiempo le aventajó en erudición profana». Alcalá Galiano dice que Sarmiento no ignoraba los adelantos modernos, y que registró cuanto había más escondido en nuestros archivos. Menéndez Pelayo llama a nuestro autor «varón extraordinariamente noticioso e incansable y férreo en el trabajo de leer y extractar».

No se crea, empero, que el espíritu que poseía esta asombrosa erudición llevaba plomo en las alas. Los ojos de este eruditísimo monje benito, intuyen altos problemas de fina crítica literaria. Sus obras, tanto las que fueron saliendo a luz póstuma como las que se conservan inéditas, contienen atisbos geniales que la investigación crítico-literaria vino a confirmar muchos años después. Sin pretender agotar un tema merecedor de una reposada y concienzuda investigación, nos limitamos a trazar un índice de sus principales genialidades.

Sarmiento es el primero en dar a conocer el contenido de la Carta del Marqués de Santillana al Condestable de Portugal, y a él se debe, asimismo, el descubrimiento y los fundamentos de la teoría sobre los orígenes de la lírica española cuando aún estaban por descubrir los cancioneros galaico-portugueses. Aparte de esta genialidad—bastante por sí sola para acreditar un prestigio científico, y en la que no insistimos por ser harto conocida—el P. Sarmiento se dedicaba, en 1750, en su celda de San Martín de Madrid, a describir y extractar varios códices, manuscritos e impresos. En estos extractos encontramos noticias sobre Berceo—noticias que utiliza Marden, el profesor norteamericano moderno editor de los *Milagros*;—da una amplia noticia del *Libro del Tesoro*, que aparece allí atribuido a Alfonso el Sabio, y Sarmiento conjetura en una nota final que sigue al extracto, que su verdadero autor debe ser Bruneto Latini, maestro del Dante; consagra largas páginas a describir un manuscrito del Arcipreste de Hita, comparándolo con otro fragmentario que vió en la Biblioteca de la Catedral de Toledo; nos ofrece curiosas reflexiones sobre el *Diccionario de Autoridades de la Academia Española*, publicado no hacía mucho (1726-1736), y allí encontramos también referencias—«sin duda las primeras en lengua española»—a Swedemborg, el místico escandinavo.

Uno de estos extractos que la curiosidad bibliográfica de Sarmiento había trazado, el que lleva el número quince, tiene por título el de *Historia de Ruiz Diaz de Vivar o del Cid Campeador*. Las afirmaciones que aquí hace superan lo consignado cinco años antes (1745) en el manuscrito de las *Memorias para la Historia de la poesía y poetas españoles*. De las afirmaciones capitales de Sarmiento sobre el poema del Cid—afirmaciones ordenadas por el profesor Chacón y Calvo—la que más nos interesa de momento es la que se refiere a su irregularidad métrica—«no tiene número fijo de versos para rimar»—, tema sobre el cual actualmente se viene insistiendo. El problema de la irregularidad métrica del *Poema* fué estudiado por Menéndez Pidal en su monumen-

tal edición (1908-1911), y, a partir de entonces, definitivamente aceptada. A la larga serie de opiniones—desde Sánchez a Cornú—que Pidal expone en el estudio de este punto advierte el citado Chacón y Calvo la necesidad de incorporar el nombre de Sarmiento, «que intuye la opinión que ha de considerar la crítica, siglo y medio después, como definitiva».

Otra de las mayores genialidades de Fr. Martín Sarmiento cae dentro del campo filológico, a cuyos estudios era, como se sabe, tan inclinado. Todos conocemos el creciente interés que en nuestros días logró alcanzar el estudio de la toponimia germánica peninsular especialmente en los medios filológicos alemanes. En el año 1932 salían a luz dos profundos estudios sobre tan interesante cuestión, debidos, el uno, al Dr. Gamillscheg, *Historia Lingüística de los visigodos*—publicada en la RFE, 117-150-229-260—, y el segundo a su discípulo Georg Sachs, intitulado *Die germanischen Ortsnamen in Spanien und Portugal*, Jena-Leipzig 1932, VIII-121 páginas. Posteriormente Piel insistió sobre el mismo tema en el *Boletim de Filologia* (Lisboa). Al hacer el eminente profesor Rodríguez Lapa la crítica del estudio de Sachs en esta conocida revista filológica (1933-34, 173-80), después de elogiar el trabajo de síntesis llevado a cabo por el investigador germano, escribe: «solo un libro no pudo [Sachs] consultar, que, sin decirle propiamente nada de nuevo con relación a la doctrina, le haría ver con todo que ya a mediados del siglo XVIII un estudioso peninsular se ocupó con inteligente diligencia del problema de la toponimia gallega. Nos referimos al libro de Fr. Martín Sarmiento, *Onomástico etimológico de la lengua gallega*, Tuy, 1923».

El docto profesor portugués no se limita a consignar la ausencia de la obra de Sarmiento en el aparato bibliográfico de Sachs, sino que, ahondando en su análisis, consigna afirmaciones como esta: «la lista numerosa de toponimios germánicos, en el *Onomástico* de Sarmiento tiene para nosotros aún otra importancia: Nos revela muchos nombres gallegos que escaparon lamentablemente a Sachs». Y da seguidamente una larga lista de los toponimios olvidados.

Concluye luego con este certero juicio que pone de manifiesto la perennidad de la intuición del Padre Sarmiento, cuya asombrosa erudición, al cabo de casi dos siglos, no fué aún, esencialmente, superada, incluso en un punto tan concreto como este: «Evidentemente sorprende esta omisión en el inventario de Sachs, aún cuando algunos de los nombres arriba citados puedan encontrarse en él ligeramente modificados. Y como ni un momento podemos dudar de las afirmaciones de Sarmiento ni de sus profundos conocimientos de corografía gallega, tenemos que concluir que, o Sachs no exploró exhaustivamente el *Nomenclátor* español, o—lo que es mucho más probable—ese índice geográfico está lejos de ser completo por lo que respecta a Galicia. Ni es para admirar, porque, en tiempo de Sarmiento y aún hoy, «en Galicia, cada rincón o palmo de tierra tiene su nombre propio». De tal modo que el gran erudito gallego calculaba que hubiese en toda la región 100.000 nombres de lugares, incluyendo, claro está, repeticiones. De lo expuesto se ve que la afirmación de Sachs de que hay a lo sumo 2.400 toponimios germánicos en la Península no es muy verdadera».

En otros aspectos del saber, a los que Sarmiento aplicó su laboriosa investigación, nos es dado asimismo tropezar frecuentemente con sorprendentes adivinaciones hoy incorporadas al acervo común de las conquistas del pensamiento humano. Renunciamos—esta glosa se está alargando más de la cuenta—a exponer sus «reflexiones» sobre los estudios históricos y ciencias auxiliares, así como sus ideas pedagógicas, estudio éste iniciado por el nunca bastante llorado Alvarez Limeses en una lección pública. No queremos, empero, dejar de consignar la adivinación de Sarmiento sobre otras dos importantes cuestiones literarias: la rima y su origen, y la

(Termina en la penúltima página).

Convedile

VIVIÓ hace años en Pontevedra un viejo Coronel muy dado a lucir sus vistosos uniformes, para lo cual aprovechaba todas las ocasiones que le brindaba la vida social y religiosa de la localidad.

Cierto día en que el Coronel había tomado parte en una procesión, vistiendo un llamativo uniforme nuevo, abrumado de condecoraciones, y del que formaba parte integrante un aparatoso casco, del que estaba orgulloso nuestro Coronel como Don Quijote de su yelmo de Mambrino, se hallaba en el Casino rodeado de amigos, descansando de la larga caminata, comentando las incidencias de la jornada y, sobre todo, lamentándose, según su costumbre, de lo caro que le había costado el uniforme.

—No se puede vivir—decía el viejo soldado—; todo está carísimo, principalmente los uniformes. ¿Cuánto creen ustedes que me costó este que llevo hoy? Pues nada menos que cincuenta duros, todo incluido.

Enrique Fernández González, más conocido por el remoquete de «Requitrún», famoso en la localidad por su humorismo inagotable y por sus famosas «salidas», que había oído los lamentos del Coronel, se acercó a la tertulia:

—Oiga usted, mi Coronel: y devolviendo el «casco», ¿no le harían una rebajita?

AQUEL periodista orensano se habla hecho famoso por lo mordaz y corrosivo de su pluma, que se dijera mojaba en la misma vesícula biliar: tales eran de maledicentes y cáusticas sus crónicas.

En cierta ocasión llegó a la ciudad una compañía de zarzuela, en la que figuraba un tenorino con aires de Caballero Casanova, atlético y engolado, que debutó con «Tosca» y... Luisa, novia ésta del periodista aludido. Innecesario es decir que al día siguiente el diario local publicó una crítica feroz, llena de «lindes» y «piropos» para aquel «energumeno que en vez de dedicarse al «bell canto» debiera dirigir sus actividades hacia la carga y descarga de bales en los puertos».

El tenor, fuera de sí, buscó al periodista itérico y lo halló en la cotidiana tertulia del café. Se acercó a él con el pecho hinchado, los ojos encendidos y los puños crispados por el furor, y sin otro aviso le «sacudió» tres puñetazos brutales, y más le diera si los amigos no se apresuraban a quitárselo de las manos.

El periodista, una vez repuesto

del susto, le miró de hito en hito, se alisó los cabellos, recompuso el traje y, como si nada hubiese sucedido, le preguntó con una candorosa sonrisa:

—¿Qué ¿ahora canta usted mejor?

VIVE todavía en Vigo (lo que nos obliga a silenciar su nombre), una excelente persona que fué, en sus años mozos, un perfecto «viva la vida», sin otra preocupación que bailar hasta cansarse, cambiar de novia cada ocho días, asistir a comilonas frecuentemente y otras alegres expansiones del mismo tenor. En cuanto a hojear, siquiera por curiosidad o mero entretenimiento, los libros de texto del Bachillerato, prolongado a fuerza de suspensos, o leer alguna novela o algún tomo de poesías, «ni hablar», como se dice ahora. Naturalmente, como lógica consecuencia, la ilustración y cultura de nuestro personaje brillaban resplandecientes por su ausencia.

Examinándose, en cierta angustiosa ocasión, de Literatura, y deseando el Catedrático—acuchillado a recomendaciones—salvarle de algún modo, le preguntó lo que, a su juicio, era harto fácil de responder y sobre lo cual, por muy «pez» que se presentase, cualquier estudiante, gallego principalmente, podría improvisar sin esfuerzo:

—Dígame algo de Rosalía.

El preguntado se mostró visiblemente sorprendido.

—¿De quien me dice?—inquirió como si no hubiera oído bien.

—De Rosalía.

—¿Rosalía?

—Sí, hombre: Rosalía de Castro.

Nuestro amigo mimó nuevos y significativos gestos de la ignorancia más absoluta.

—¿Pero es posible—chilló el Catedrático, perdida ya la paciencia—que no sepa usted quien es Rosa'lta de Castro?

—Si tuviera usted la bondad de decirme el segundo apellido—respondió humildemente el estudiante—acaso «caería» en quien se trata.

DIRIGIA uno de los antiguos diarios de Pontevedra un experto catador de mostos, al que solían obsequiar con un par de garraños, frecuentemente, los dueños de las tabernas de la ciudad, a fin de que les elogiase el vino en el periódico e hicies» propaganda de su respectivo establecimiento.

El empedernido bebedor agotaba en las columnas de su órgano impreso todos los adjetivos imagina-

bles: «excelente», «óptimo», «superior», etc., que dedicaba a voleo a todas las calidades vitícolas, blancas o tintas, que llegaban a la redacción.

Un almacenista de vinos del Ribero envió al director de marras una olla de blanco de Gomariz, que fué dignamente loado en el periódico, quemándose en su honor el incienso de los más encendidos ditirambos. El ribereño, agradecido, volvió a los pocos días a enviarle otra muestra de sus vinos, esta vez un tinto de la Costeira, que resucitaba a un muerto.

No sabiendo ya que decir en su elogio, el periodista se limitó a estas palabras:

«Hemos recibido del Sr. Tal, cosechero y exportador de vinos del Ribero, una muestra de su vino tinto, superior, si cabe, al blanco que ha tenido la gentileza de enviarnos anteriormente.»

Al día siguiente, el periódico de la oposición, reproducía la noticia, añadiendo esta coletilla a guisa de comentario:

«Cabe, cabe, Fulano: ¡ojalá fuese un moyo!

CELANOVA, feudo de San Rosendo, patria de Curros Enriquez y de Castor Elices, villa señorial, trabajaba por los siglos, ha sido, además, cuna de otros hombres también geniales a su manera.

Hoy hablaremos de Don Paco Roque, poeta y juez municipal, que vivió en las postrimerías del siglo pasado y dejó múltiples testimonios de su estro y... de su aguda neurastenia.

Don Paco Roque era un romántico a toda prueba, siempre enzarzado en problemas sentimentales y en extraordinarios sueños poéticos. Tenía un criado fiel, una especie de Sancho, realista y comodón, que constantemente frenaba los ímpetus imaginativos de nuestro hombre.

Cierta noche, regresó a su casa Don Paco Roque sabe Dios de que fabulosas aventuras amorosas y se contempló un rato en el espejo:

—¡Paco Roque, Paco Roque! exclamó en voz alta, dirigiéndose a su imagen reflejada.—Tienes cuanto puede apetecer el más exigente mortal: juventud, dinero, talento; eres simpático y buen mozo, amén de poeta y juez municipal. Con todo, estás triste, sufres. ¿Por qué? ¿Qué te falta, dime, que te falta?

El criado que asistía al soliloquio, rezongó, como aclarando las dudas del caballero:

—Xucio, señor, xucio.

EL MAESTRO SOUTULLO

EN el Café Colón de Vigo, a las tres de la tarde. Un ruido ensordecedor se alza de las mesas: los jugadores de dominó colocan las fichas a manotazos, produciendo verdaderas detonaciones al chocarlas violentamente contra el mármol.

El maestro Soutullo entra, me ve en mi apartado rincón, deja el sombrero y el bastón, se acerca y toma asiento a mi lado, con el gesto resignado del reo que ha perdido todas sus esperanzas.

Hace días que me ha prometido «confesarse» y siempre lograba escapárseme. Pero hoy ha comprendido que ya no había remedio, y consiente que le pregunte por su «vida y milagros».

Reveriano Soutullo es gordo y bajo. Parece un abad de aldea satisfecho, con su caraza jocunda rasurada cuidadosamente. El cabello rebelde. Los ojos infantiles, azules, mejor aún de un verde claro, desvaído. Decididamente, tiene aspecto de buena persona.

De pronto le pregunto:

—¿Dónde nació usted, Soutullo?

—En Puentearreas, pero me crié en Vigo.

—¿En qué año?

—El 84.

—Sus padres. ¿eran gente acomodada?

—Pchs... Regular.

—¿Cuántos hermanos?

—Once. Yo el cuarto.

El popular músico ha pedido una manzanilla. Hago una pausa, después de este interrogatorio apresurado, para permitirle que tome un sorbo siquiera del aromático brebaje. Y después...

—¿Dónde estudió usted?

—Primero con mi padre. Mi padre era músico y muy aficionado al Arte. El me inculcó la idea de ser músico dándome lecciones de solfeo y enseñándome a tocar el cornetín. Pronto se despertó en mí una afición loca por la música. A los trece años dirigía un orfeón en Tuy y poco después sentaba plaza en el Regimiento de Murcia, entrando en la banda con mi cornetín. Cetina me dió algunas lecciones de armonía, y ya dueño de una cierta cultura musical comencé a componer con esa espontaneidad de la juventud. Hice mis primeras armas como compositor en la banda de Porriño, que dirigía Marcelino Giraldez, del que conservo los más gratos recuerdos. Mi fecundidad colmó de toda clase de obras a todas las



Pocos días antes de sorprenderle la muerte, en la plenitud de su lozana inspiración, el compositor gallego Reveriano Soutullo había concedido a nuestro Director, en Vigo, una entrevista, cuyas cuartillas, hasta ahora inéditas, ofrecemos a los lectores de FINISTERRE.

charangas populares de Galicia.

—¿Cuándo marchó a Madrid?

—A los diez y nueve años, con siete duros justos y un billete de 3.^o por todo capital. Y sin el instrumento, pues lo había vendido.

—¿Qué hizo usted?

—Los duros se agotaron pronto, y para poder comer empeñé algunas cosillas, compré un cornetín y formé parte de numerosas charangas, tocando por las aldeas. Donde me daban dos duros allá iba yo con mi cornetín.

—¿Y después?

—Ingresé en el Conservatorio. En el primer año alcancé el primer premio, siendo profesor D. Pedro Fontanilla. Como detalle curioso le diré que la noche anterior estuve echando unas suelas a los zapatos, que tenía rotos. Luego pasé a las clases de composición dirigidas por don Tomás F. Grajal, y después a las superiores bajo la dirección del insigne D. Tomás Bretón... Chapí demostró por mí gran predilección, dándome excelentes consejos y, para ir abriéndome paso, me colocó de copista en la Sociedad de Autores y en la orquesta del Price.

—¿Cuándo terminó la carrera?

—El 97, alcanzando el primer premio de composición por aclamación del Tribunal. Luego me subvencionó el Ayuntamiento de Vigo, siendo alcalde el Sr. Senra, con objeto de ampliar mis estudios en el extranjero. Viajé por Francia, Italia, Alemania... En París trabé amistad con el genial músico Saint-Saens, al que fui presentado por mediación del entonces embajador de España en la capital francesa Sr. León y Castillo. Al cabo de tres años regresé a Madrid.

—¿Y que hizo usted?

—Escribir, escribir. Compuse más de 300 títulos para bandas, orquestas, sextetos, música religiosa, etc.

—¿No tenía afición al teatro?

—Sí, señor: mucha.

—¿El primer estreno?

—Se celebró en Vigo, en el Tamberlik, por la Compañía Navarro, que traía de primera tiple a la excelente Elena Fons, de tenor a Ricardo Pastor y de barítono a Gil Rey, con una orquesta de 60 profesores.

«Aquí dí a conocer «El Regreso», zarzuela en un acto; «La Corte de Don Rodrigo», ópera en un acto; «El Tío

Lucas», zarzuela en un acto; la revista «Don Simón págalo todo»...

—¿En qué obra comenzó a darse a conocer?

—En «La Paloma del Barrio», sainete de costumbres madrileñas, que obtuvo un buen éxito, como también «La Suit Vigo», «Guitarras y bandurrias», «El capricho de una reina»... Pero donde verdaderamente empezó a sonar mi nombre fué en «La Leyenda del beso», pasando por «Encarna la misterio», «La del Soto del Parral» y «Las maravillosas», mi último estreno, que suma un total de 63 actos.

—¿Qué obra suya le gusta a usted más?

—«La Leyenda del beso».

—¿Y al público?

—Es posible que «La del Soto del Parral», de cuyo grandioso éxito no existen precedentes. Tanto en Barcelona como en Madrid alcanzó más de 500 representaciones.

Una pausa, para que tome aliento, y...

—Dígame su opinión acerca de la tan cacareada cuestión de la decadencia del teatro.

—Mire usted—me contesta un poco triste y un poco indignado el celebradísimo compositor gallego—. El teatro lírico sufría lo que pudiéramos llamar una época de transición; era preciso renovar los viejos modelos; pero, por incompreensión manifiesta de nuestro público, la evolución tenía que hacerse muy lentamente. Téngase en cuenta, sin embargo, que el fenómeno se operaba en el mundo entero: era la lucha de lo nuevo y lo viejo. En España había un plantel de compositores jóvenes con preparación suficiente para realizar victoriosamente esa transformación; más la Gran Guerra, con su penosa serie de catástrofes, vino a interrumpir la evolución normal del Teatro. Por otra parte, la lamentable invasión de todo el barbarismo norteamericano, destruyó, agostó las simientes de esa labor que comenzaba a desarrollarse, y aprovechándose de ese mal gusto imperante, aparecieron unos pseudos compositores que convirtieron el Arte en una verdadera plazuela de mercachifles y los escenarios de más noble raigambre lírica, se vieron envueltos en esa ola encenagada de chabacanería, con su «jazz-band», tangos, más o menos milongos, y toda esa serie de ruidos que algunos, por equivocación, llaman música. Y es lástima, porque en España no ha habido nunca como hoy la cantidad y calidad de compositores, pero la mayor parte de ellos tuvieron que retirarse a honesta distancia, para librarse del chaparrón permaneciendo inmunes.

—¿Qué me dice usted de la desaparición de Apolo?

—La desaparición de Apolo es un golpe de muerte para nuestro teatro lírico. Ningún teatro de Madrid reúne las condiciones magníficas de Apolo, por insuficiencia de escenario e instalaciones modernas, para hacer la zarzuela de gran espectáculo, que es hacia donde deriva la zarzuela lírica.

Me anda bullendo en la mente una pregunta. Por fin la bajo a la boca:

—¿Qué opinión le merece el teatro gallego?

—Que no existe. Estamos empeñados en un imposible. Yo soy amante como el que más de las cosas de Galicia, pero sé ponerme en razón y no hablar en tópico. No soy partidario de regionalismos. Tengo para mí que debieran suprimirse fronteras e implantarse un lenguaje universal único. ¡Cuanto iríamos ganando! El teatro, mientras pretendamos encerrarlo entre las cuatro paredes de una región, muere irremediablemente, no puede vivir.

Para cambiar de disco le pregunto:

—¿Qué le parecen el tango y el charleston?

—Están bien. Pero me apresuro a afirmar que no son música, eh?; son ruidos más o menos soportables, que se hallan por completo al margen del pentágono.

—¿Sobre que hora suele escribir?

—De noche, después de cenar.

—¿Escribe con facilidad?

—Unas veces sí y otras veces no. ¡Hay que cogerlas como vienen!

—¿Qué músico español le gusta a usted más?

—Es un poco difícil de contestar. Quizá ninguno y quizá Vives.

—¿Y de los viejos?

—Chapí y Bretón, los verdaderos creadores del género, sin olvidar las valiosas aportaciones de Barbieri y Gaztambide.

—¿De los extranjeros?

—Ravel, Stravinsky, Strauss, éste por encima de todos, como colorista. De los muertos Mozart, Beethoven, Wagner, y Bach y Palestrina, los precursores

—Después de la zarzuela, ¿qué género teatral prefiere?

—La alta comedia.

—¿Le asustan los estrenos?

—Cada vez más, porque la responsabilidad es mayor también.

—¿Es usted aficionado a la literatura?

—Mucho.

—¿Cuáles son sus escritores predilectos?

—De los muertos Pereda, Galdós y Blasco Ibáñez. De los actuales Pérez de Ayala.

—Soutullo: la última pregunta: ¿Qué querría ser si no fuera músico?

—Pintor, escultor... Mire; si no fuera músico quisiera ser músico.

—No, no: apartándose del arte.

—Ah! Pues: ¡Millonario!

Y el popular compositor se ríe con su caraza jocunda de abad aldeano satisfecho.—E. C.

RECAUCHUTADOS "LABORDETA"

JOAQUIN COSTA, 40

PROCEDIMIENTOS INTEGRALES

UNICA CASA EN ESPAÑA QUE PRESENTA LAS MÁXIMAS MEDIDAS
DENTRO DE LA MEJOR CALIDAD

ESTA CASA NO TIENE INTERMEDIARIOS

PONTEVEDRA

ORVIDIO

MI VIDA

¡Mi vida! Y a ese pueblo que pasa indiferente,
¿Qué le importa la vida de una oscura mujer?
De espinas o de rosas, si coronó su frente;
Si llora de amargura o llora de placer;
Si piensa o si delira, si reza o si blasfema;
Si es la vida a sus ojos un infierno, un edén;
Si fuego inextinguible la ilumina o la quema;
Si lleva al desdichado su llanto, su desdén;
Si al pasar la saludan diciéndole: —¡Está local!—
O entusiastas ardientes encomian su razón;
Si el mundo entre sus brazos la eleva o la sofoca;
Si llanto o hiel destila su herido corazón,

Mi vida ¿a quién importa? Filósofo, poeta,
¿Qué verdades fecundas mi genio reveló?
¿Con qué derecho digo: —Ven, sociedad, respeta
Mi nombre esclarecido, inclínate, soy yo?—
¿Quién soy? Allá, en el bosque, una caída hoja,
Cual otras que ora caen, cayeron, caerán;
Abril les dió la vida, Noviembre las arroja
Al suelo, y en un día las barre el huracán;

Corren en torbellino, anónimas, con nombre,
Y cuando la tormenta las deja de azotar,
Caen en el abismo, o bajo el pié del hombre,
O en la desierta playa de borrascoso mar.

¡Mi vida! ¿A quién importa? ¿Quién escribirla intenta?
Es la luz y del caos la horrible oscuridad;
El triunfo y la derrota, la calma y la tormenta,
La miserable nada, la inmensa eternidad.

Es entre nardo y rosas acento de cariño,
Sobre la nieve eterna la voz del huracán;
Es la primera risa de los labios de un niño,
Es la erupción primera del cráter de un volcán.

Es ignorado arroyo que corre blandamente
Sin aves que le canten, sin flores que regar;
Es, luchando entre rocas, asolador torrente
Que el germen de sus iras lleva furioso al mar.

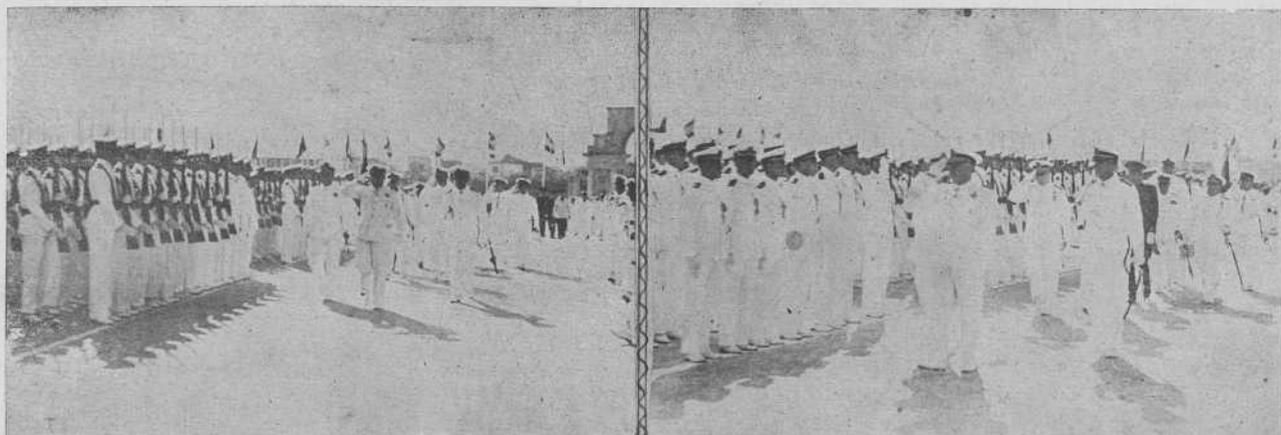
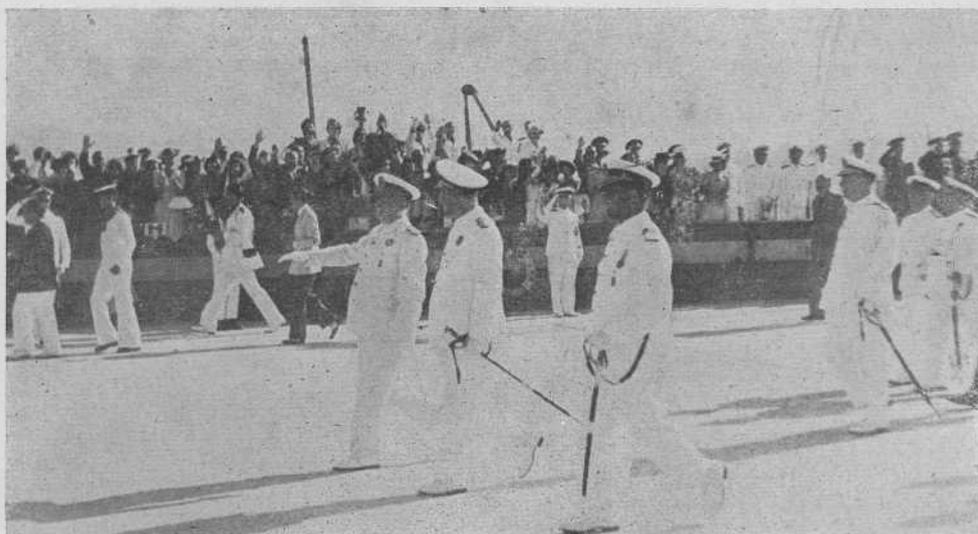
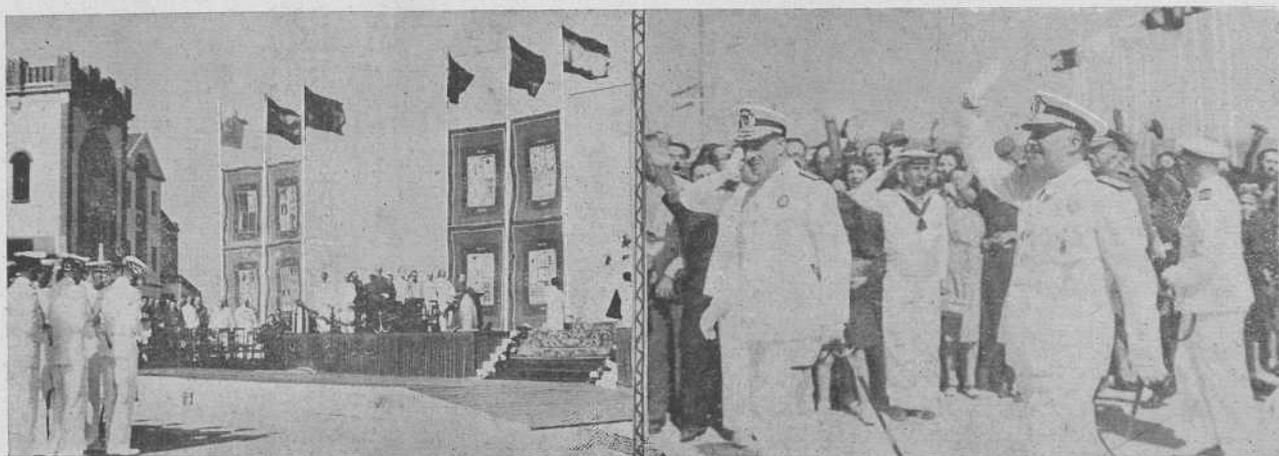
La voz que nadie escucha perdida en el vacío,
La amarga hiel del odio, el néctar del amor,
La plegaria del mártir, el grito del impío,
La cólera del fuerte, del débil el dolor.

Es sacrificio inmenso que inmola y no redime,
Congoja, acerbo cáliz, abrumadora cruz,
Potencia misteriosa que sostiene y que oprime,
Es una lucha a muerte, sin testigos, sin luz.

CONCEPCIÓN ARENAL

1860.

LA INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA NAVAL MILITAR DE MARÍN



Brillantísimos sobre toda ponderación han resultado los actos celebrados en Marín, con motivo de la inauguración oficial de la Escuela Naval Militar, a la que ha dado acusado realce la presencia del Caudillo, Generalísimo Franco, y demás altas personalidades del Gobierno y Jerarquías del Movimiento.

En esta página se recogen diversos aspectos gráficos de la solemne inauguración del grandioso Centro.

(Fotos Martín.)

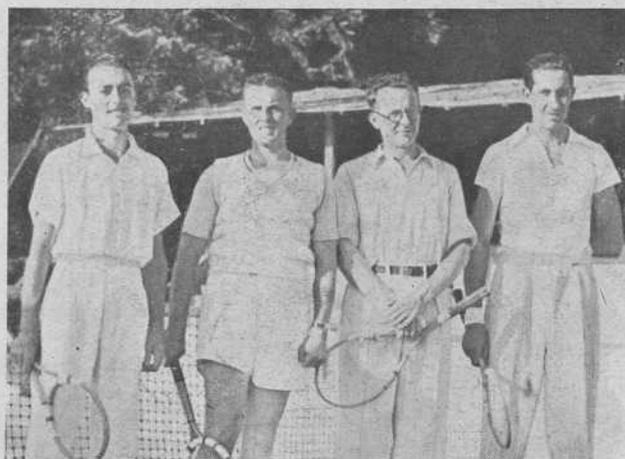
INFORMACIÓN GRÁFICA DE VIGO



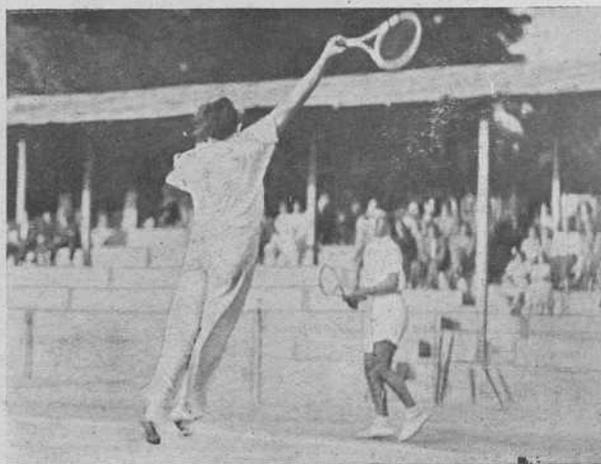
El Ministro de Educación Nacional, acompañado del Gobernador Civil y demás autoridades de la provincia, preside la inauguración de los Cursos Universitarios de Verano.



La bella y distinguida señora doña Angeles de la Fuente, esposa del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la provincia, coloca las medallas a las nuevas enfermeras de la Cruz Roja.



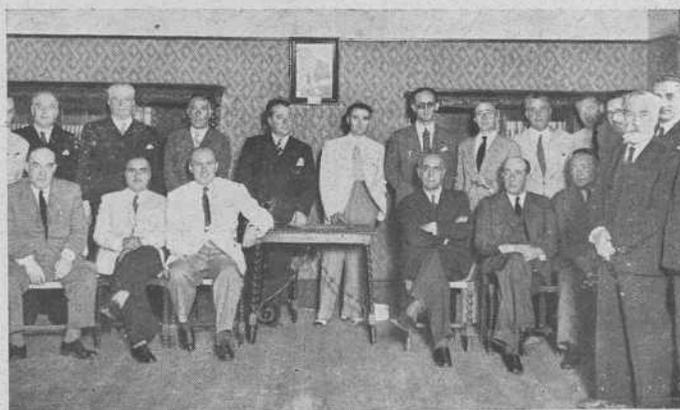
Los jugadores que tomaron parte en la final de dobles del Campeonato Gallego de Tenis, clasificándose campeón el joven coruñés señor Panjarrón.



Una jugada de la final de dobles del Campeonato Internacional de Tenis, resultando campeones la pareja Szavrost-Olozoaga.



El ganador de la Copa Vigo del Concurso hípico, recibe de manos de las autoridades el trofeo.



El Colegio de Abogados de la provincia ha rendido un sencillo homenaje de respeto y cariño al decano señor Vidal Pazos. He aquí un grupo de concurrentes al simpático acto.

(Fotos Pacheco).

INFORMACIÓN GRÁFICA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA



La imagen de Santiago, Patrón de Caballería, llevada en andas por Coroneles de dicha Arma.



El Capitán General del Departamento Marítimo hace entrega de los premios en el Concurso hípico.



Autoridades militares y civiles, y Jerarquías del Movimiento de la provincia, que asistieron al acto de inauguración del Mercado de Artesanía.



El Presidente de la Archicofradía del Apóstol, Marqués de Figueroa, impone las insignias de Hermano Mayor al General Urrutia.



Presidencia de la procesión del Patronato, en la que, entre otras personalidades, figura el Primado de España.

(Fotos Arturo)



Boda de la señorita María del Carmen Gómez Pérez-Neu con el catedrático don Joaquín Robla Díaz, celebrada en la capilla del Portal, de Ribadavia (Orense).

Foto Chao.

E N L A C E S



Boda de la señorita María Asunción Saenz-Díez García con el capitán D. Luis M.^a de la Viesca y Campo, celebrada en Santa María la Mayor de Pontevedra.

Foto Martín.



María Luisa Loredo de Ferreiro luciendo el traje nupcial, en su boda celebrada en la iglesia de San Lorenzo, de Gijón.

E O N E I E R T O

Por **ANTONIO ROMÁN**

El joven y ya ventajosamente conocido y celebrado realizador cinematográfico Antonio Román, distinguido hijo de Orense, es además un fervoroso cultivador de las bellas letras. Esta página—con la que comienza su colaboración en nuestra Revista—revela claramente la emoción, la belleza y la delicada factura de su estilo.

ROMANCE INFANTIL DEL NIÑO QUE CANTA

cantar cuando el alba abre su paraguas colorado sobre el mar.

Cantar; cantar muy fuerte subido al más alto palo de un viejo navío abandonado, que fuese por el agua sin saber a donde, como el niño que juega a la «gallina ciega» con los ojos vendados.

Quisiera cantar y cantar, y que mis notas hicieran una escala muy larga desde mi boca hasta la punta de la última nube de la noche.

Y subir por la escala, y desde la nube tirarme al mar en un salto perfecto viendo como el mar viene a mí, viene a mí; y seguir cantando.

Después, atravesándolo, llegar hasta la arena donde peces absurdos me mirarían asustados. Y allí, junto al antiguo galeón naufrago que encierra un tesoro, cantar aún más fuerte. Los peces irían acercándose curiosos; y quizás, quizás con ellos también alguna sirena.

Mi voz convertida en burbujas subiría hasta la superficie, donde en una pequeña barca se mecen dos marineros adormilados que, con sus blusas recogidas, ofrecen el feo tambor de sus panzas al sol que ya salió.

Al ver las burbujas de mi voz que vienen a estallar a su lado, los marineros murmurarían entre dientes: «Alguien se está ahogando ahí abajo».

Entonces una grande gaviota que pasase rozando sus narices les contestaría: «Nadie se ahoga, marineros; nadie se ahoga; es que un niño está cantando en el fonde del mar».

La orquesta empieza a sonar.

¿Quieres tú bailar, bella muchachita del pelo enrollado? Sí:

bailemos juntos; ven y te enlazaré el talle; ven y te prenderé una mano; bailemos así: Un dos tres, una vuelta, y avancemos la punta del pie.

¿Qué como se llama esta danza? Pues se llama la mazurka de las horas redondas, y la bailan los jóvenes, las viejas que toman chocolate, los generales retirados que usan cadena de oro y la multitud...

Todos, todos bailan al ritmo que comienza con el un dos tres, una vuelta, y se avanza la punta del pie.

Su título nos habla de nuestras horas circulares y completas; sesenta minutos, de doce a doce de la esfera en el camino de la aguja grande, que nos dejan al terminar en el mismo punto en que estábamos cuando empezaron. Y, sin embargo, fueron

Siempre las horas redondas tienen un nombre: La hora del señor de los bigotes que nos habla de negocios. La hora de la dama gorda que le huele el aliento. La hora

Poco a poco en su cuna se fué durmiendo pensando así:

Quisiera cantar,

de la madre que acaricia a su hijo. Y, en fin: la hora redonda también en la que yo, bella muchachita del pelo enrollado, estoy bailando contigo la mazurka de las horas redondas.

Fíjate bien y no nos perdamos, Un dos tres, otra vuelta y otra vez avanzar. Gira frente a mí; no pienses más que en girar.

Más la orquesta acaba. Te acompañaré a tu sitio, bella muchachita del pelo enrollado. Mil gracias por el baile. Pero, ¿no me contestas? ¿Acaso habré bailado con una sombra esta mi mazurka de las horas redondas?

PRELUDIO DE IMITACIÓN AL AMOR DE LAS CUATRO ESQUINAS

Desde el otro lado del sexo, vengo a buscarte, mujer.

Vengo disfrazado con una

cara en la que apunta la barba, con unos fuertes brazos y con unas robustas piernas.

Yo estoy dentro de todo esto: estoy dentro de mi propio carnaval que utilizo para venir a buscarte, mujer.

No se aún cual eres entre todas las que me rodean bailando la Gran Zarabanda; pero confío en encontrarte antes que el tiempo acabe.

Deteneos vosotras dos: la rubia rubia y azul y la morena encendida.

No: tú no eres, rubia rubia y azul, porque todavía diste un paso más de tu zarabanda cuando yo te llamé.

¿Serás tú, morena encendida; tú, que al yo llamarte te detuviste rápida, quieta toda, como el perro en el rastro de la perdiz, como el agua en los retratos?

Lo sabré al momento. Voy a tocar suavemente en tus pechos, en los pechos de tu máscara, para que desde adentro me respondas el sí o el no que me hace falta.

¡Sí: eres tú, morena encendida! Y por eso te invito al amor; a nuestro amor, que será igual que otro cualquiera.

Igual que el amor de los tigres.

Igual que el de los mozos y mozas en las romerías.

Igual que el de los soles y sus planetas.

Será un trozo del amor único que se cuece en las cuatro esquinas del infinito.

Séparate de tus compañeras y acércate; que ya la tierra abre sus gajos para que los dos sorbamos su jugo de hipotética naranja de ejemplo escolar.

Junto a los labios veremos las selvas con sus serpientes que nos parecerán gusanillos del fruto; y también las playas solitarias donde en invierno enrollan el mar como una alfombra para que no gaste su ir y venir sin que nadie lo contemple.

Poco a poco se arrugará la naranja bajo los sorbos de nuestras bocas insaciables.

Porque así sea vine yo a buscarte, mujer, desde el otro lado del sexo.

En marcha. Vamos, ahora empieza todo.

LA MAZURKA DE LAS HORAS REDONDAS

MADRID @ 30 días vista



— POR RAMÓN BARREIRO —

¿BUSCA USTED TAXI?

IGNORO, lector amigo, si tu última estancia en Madrid te obligó a buscar un taxi; ignoro también si, buscándolo, lograste hallarlo; ignoro por último, si buscándolo y hallándolo, la brevedad de tus días madrileños te permitió gozar de todos los matices que en torno a este problema giran.

El vocablo *Taxímetro* entró en España a mediados del año 1903 en labios de una comisión de técnicos ferroviarios españoles, que a Francia habían ido para medir el ancho de aquellas vías, y también para estudiar ciertos adelantos de tipo eléctrico incorporados en los pasos a nivel.

La palabrita gustó. Nadie que de París viniera dejaba de pronunciarla en sus charlas familiares, callejeras o periodísticas. En el año nueve otros felices viajeros eliminaron de ella dos sílabas; y ya nosotros entendimos siempre que un automóvil de alquiler, equipado con ese contador inteligente e inexorable, conducido por un hombre rechoncho, comunicativo y conocedor de todas las rutas urbanas, se llamaba *Taxi*.

Más ahora, amigo mío, la cosa ha variado. Los taxistas de hoy, son unos seres extraños, que jamás miran al cliente ni mucho menos le hablan.

Pero además cada taxi de hoy, cuenta—como si fuera una pieza mecánica fundamental—con un niño de prodigiosa agilidad y vista. ¡Desgraciado aquel viajero que pretenda ocupar un taxi sin la colaboración del niño!

Este niño, de extraordinarias condiciones psicológicas, en un segundo descubre nuestro afán de captura automovilística. Sin embargo, pregunta:

—¿Busca usted taxi?

Si el cliente acepta sus servicios, la cosa no tiene duda. El niño descubre a gran distancia el vehículo y al tiempo de salir corriendo dice:

—¡Aguarde! Allí viene uno vacío.

Puede muy bien parecernos que el niño se equivoca y que el coche en cuestión no viene libre. Más el niño no se equivoca nunca; llega hasta él, gira en redondo sobre su marcha, cam-

bia unas palabras con el conductor y, sin dejar de correr, se empareja al taxi avanzando juntos hacia el punto de destino. En estos momentos de carrera, el niño adquiere un marcado carácter de espolique...

Al fin se paran al pie de nosotros, e instintivamente se nos ocurre abrir la portezuela. ¡Que insensatez! La mano del niño siempre llegará antes que la nuestra y jamás soltará el pestillo, hasta no recibir la propina.

Carezco de datos para asegurar que alguien haya alquilado un taxi sin contar con el espolique. En cambio he presenciado la lucha por conseguirlo.

En este trance el hombre es digno de lástima, porque de nada le valdrá hacer señas con los brazos, ni mucho menos gritar:

—¡Eh, taxi! ¡taxi!

Cada coche, aparentemente libre que pase por su lado, llevará su correspondiente niño, ya conocedor de la rebeldía del viajero, a quien le dirá con toda burla:

—¿No ve usted que ya lo llevo yo alquilao?

Es aún más ridículo cuando el hombre rebelde descubre un taxi lejano, y echa a correr en su busca. El niño, bien seguro de ganar el sprint corre veloz silbando, y en estos casos, para mayor seguridad, no se conforma con emparejarse al coche, sino que brinca a un estribo—como ranchero sobre potro salvaje—mira descaradamente a su vencido competidor y entrega el coche a otro cliente sumiso...

En resumen, lector amigo: ignoro si vas a venir a Madrid; ignoro si viniendo vas a precisar un taxi; pero si así ocurre, no pierdas tiempo mirando los coches, que esto puede molestar a los espoliques. Espera en la acera unos segundos que pronto oirás una voz juvenil preguntándote:

—¿Busca usted taxi?

Tú respóndele en el mejor tono:

—Sí, niño; aquí te espero.

Y entonces, todas las rutas urbanas de Madrid serán tuyas.

TEATRO Y CINE

De nuestro redactor-corresponsal en Madrid BRAULIO IGLESIAS

ACTUALIDAD teatral madrileña? Esta se ha desplazado, como todos los años por esta época, a las distintas capitales de provincia, donde las Compañías realizan sus acostumbradas «tourneés», dando a conocer las obras sancionadas en Madrid en la temporada que finó, entreverando algún que otro estreno a modo de sondas de eco para probar sus posibilidades de éxito en la capital al iniciarse la próxima. Lo actual en Madrid, mientras todo madrileño pudiente se asoma al mar o a las cumbres en busca de fresco y de descanso, son las lecturas, la firma de contratos, formación de nuevos elencos, etc. Cabe en estos momentos únicamente un examen de lo realizado en la temporada anterior. Y eso es lo que voy a intentar: un resumen somero ya que, en un solo artículo, no cabría un análisis profundo.

De autores nos cabe la satisfacción a los gallegos de haber obtenido los mejores lauros, que corresponden a estos dos nombres: Ruíz de la Fuente y J. Calvo Sotelo. El primero con dos intentos meritorios, que son «El infierno frío» y «El jardín secreto». Mucho mejor aquél que éste. Quiero suponer que por el conocimiento más profundo del ambiente—gallego—en que se desarrollaba la obra. Tiene esta comedia aciertos indiscutibles de tipos perfectamente vistos, aunque algo trillados—el cacique que «allá en Madrid» tiene todo resuelto, el curandero de aldea con sus exorcismos, el buen párroco de pueblo, etc.—y escenas audaces y bien trazadas—el desfile de la Santa Compañía y la confesión—, cuyos escollos fueron salvados con elegancia y habilidad. La primera subrayada con un fondo musical «ad hoc» y la segunda con una mímica a prueba de buena actriz. «El jardín secreto» es más flojo. Los problemas psíquicos son siempre arriesgados, porque abriendo un campo de posibilidades teatrales inmenso y prestando a la fantasía infinitos senderos de realización, es fácil perderse en ellos, debilitando la arquitectura de la obra por el placer—muy disculpable en arte—de darle brillantez decorativa. Y esto le pasó a Ruíz de la Fuente con dicha comedia: «se le fué» la obra por exceso de entusiasmo. Pero hay que anotar en favor de este autor—promesa auténtica de nuestra escena—dignidad y valentía, que no es poco en una época en que el teatro—esto

es lo que parece—lo hace el público. O se lo impone a muchos autores, que es muy parecido. A este género pertenecen «Cinco años y un día» de Llopis, en la cual el Sr. Murillo hace acrobacias fantásticas, y «Haz el favor de morirte» de Paso (¡ay!, no lo parece) y Armenteras, las dos obras que se ejecutan actualmente en Madrid.

Mención aparte merece «Cuando llegue la noche» de Calvo Sotelo. Comedia, comedia. Es decir: comedia con asunto, con gracia pulcra y con elegancia de lenguaje y de acción. ¡Ah! y sin truco. Sin ese rupestre enredo en el que siguen bebiendo afanosamente muchos, la mayor parte, de nuestros autores. El sexto estreno del Sr. Calvo Sotelo ha sido un acierto pleno, que confiamos ver superado en su próxima obra para bien de nuestra escena. Está en el verdadero camino del buen teatro.

Y ahora demos un ligero toque al autor más discutido de la actualidad teatral española: he dicho Jardiel Poncela. Su última comedia «Blanca por fuera y rosa por dentro» es graciosa y original. Algún crítico pretendió ver en ella tal cúmulo de méritos, que nos llenó de asombro a muchos. «Conocimiento de los clásicos y vasta cultura», dijo. Yo hice la crítica para «Barcelona Teatral» y ya confesé entonces que no había podido apreciar tales cosas en la obra. La comedia es buena, pero en ella se abusa desmedidamente de la paradoja y lo que pudo ser una bella comedia, se quedó en un intento más, de indudable gracia, sin la mazacotería habitual en las obras «descuajarantes» que estamos padeciendo, eso sí, pero sin añadir a nuestro acervo antológico, ni un celemín aprovechable. En cambio sí, puedo decir que me admiró la habilidad del Sr. Jardiel Poncela como director de escena. En esto me parece el más capaz. En la obra que comento realizó con éxito un alarde extraordinario de pericia, como lo es el arrancar el aplauso y la carejada por la colocación—desquiciamiento en este caso—de los muebles de la escena, sin ningún personaje en ella y nada más levantarse el telón en el comienzo de la obra.

Y muy poco más que anotar. «La dogaresa rubia» de Ardavin, comedia digna, pasable, con el cascabelo, a veces excesivo del verso de este excelente poeta, y «Una loba» de los también magníficos poetas señores Pemán y J. Carlos de Luna,



Joaquín Calvo Sotelo



Horacio Ruíz de la Fuente

cuyo prólogo nos entusiasmó a todos. Fué este prólogo lo mejor español de la temporada. A partir de él la comedia descendió tanto que nos decepcionó; se hizo taquillera. Pero hemos de anotar que los autores, conscientes de su error, nos prometieron la reforma de la obra. Este rasgo de dignidad profesional mereció nuestro aplauso. Y... esperamos.

Este resumen es poco alentador. Quizás por esta razón algunos de nuestros autores y literatos se van a espigar... al extranjero. Como si no bastara la labor oficial del teatro María Guerrero en este sentido Nicodemi, Fodor, Pirandello y algún Pérez inglés, desfilaron por nuestros escenarios. Y por las calles, de teatro en teatro, de empresa en empresa, muchos españoles anónimos de indudable valía. Y no sé para qué hablar de la decadencia del teatro, cuando los valores consagrados cierran a piedra y lodo—nunca más cierta la frase—las puertas del teatro a todo lo nuevo... si es español.

Dejo para otro artículo la obra realizada por el Teatro Nacional. Ha sido, naturalmente, lo más interesante.

CINEMATOGRAFO

También aquí haremos un breve resumen. Dos películas nos servirán de barómetro para juzgar la aportación nacional y extranjera a nuestra pantalla.

De lo extranjero «Rebeca» fué lo mejor. Se ha escrito mucho sobre esta película extraída de la novela del mismo nombre, por cierto sin mérito suficiente para tanto revuelo. Yo me referiré tan solo a la película, cuya valía estriba en su magistral realización e interpretación. Se han querido ver en ella no sé cuantas desviaciones mor-

bosas, que no existen más que en algunas imaginaciones febriles, y se ha condenado precisamente aquello que, desde un punto de vista racialmente español, debe merecer nuestra tácita aprobación: el asesinato de la esposa infiel y viciosa. Y por ende, enferma. En nuestro inmarcesible siglo de oro—ahí está Calderón con «El médico de su honra»—el público se hubiera extrañado de que el esposo tardara tanto en matar a una mujer sin principio moral alguno, elegante y bella por fuera y podrida, fea, por dentro. Ya he dicho que la realización es magistral. La destreza con que fué dirigida la película, nos hace perdonarle el tipo vulgar de la secretaria modesta, elevada a gran señora. ¡Esas taqui-mecas de todos los meridianos!

Después de esto, un montón de americanadas, ligeras, intrascendentes; pero graciosas, entretenidas. Lo de siempre.

Y vayamos a lo nacional. «Huella de luz» es lo mejor que hemos visto de todo lo que se ha producido en nuestros estudios. Y conste que ya se realizan en ellos muchas excelentes películas. Buena interpretación de Antonio Casal—¡y va de gallegos!—con algunos lunares que no son culpa suya, sino del director de la película que no supo corregirlos. Fernández Flórez nos está resultando un argumentista muy aceptable.

Esta película, galardonada en la Exposición de Barcelona, hace renacer en nuestro sentir de españoles una gran confianza en el porvenir del cinematógrafo nacional. Es digna, tiene interés y gracia, sin estridencias ni astracán. Le sigue en méritos «Intriga» que dirigió Antonio Román, director que asciende con velocidad de vértigo.

Y a esperar la temporada próxima que promete mucho. Veremos lo que dá.

ANTONIO DOMÍNGUEZ SOUTO
AVDA. SANTA MARÍA 4
AUTOMOVILES PONTEVEDRA
CUBIERTAS Y ACCESORIOS
RECAUCHUTADOS

LA LUCECITA PALIDA

P O R

W. FERNANDEZ FLOREZ

Los sabios ignoran cómo y para qué encienden sus lucecitas las luciérnagas; los poetas..., los poetas han dicho muchas tonterías a propósito de esos gusanos; los chiquillos de Cecebre afirman que el verme luminoso oculto en el zarzal es una viejecita que cuida el fuego de su cena de harina de maíz. Tampoco es verdad. La verdad la sé yo y voy a contárosla. Llueve a torrentes, el viento hace caer la fruta de los manzanos que hay ante mi balcón y en la fraga—sonora como el mar— todos los bichejos se han escondido en sus madrigueras. Las noches así parecen creadas para narrar historias.

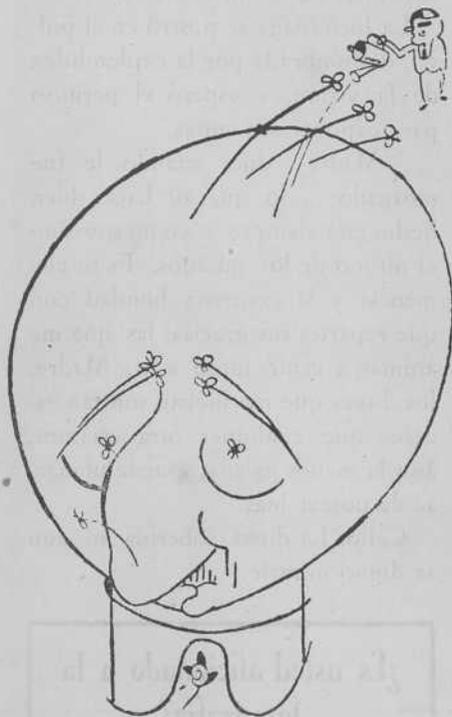
Ocurrió, amigos míos, que la luciérnaga, cuando no era más que un gusano tan obscuro y vulgar como cualquier gusano, vió en una mañana de sol la tela sutil de una araña, luciendo con los colores del iris y adornada con unas gotitas de rocío que fulguraban como polvo de estrellas, y el humilde animalito quedó deslumbrado ante tanta magnificencia. Recogido e inmóvil sobre la hoja de zarza meditó mucho tiempo.

—La verdad es—se dijo—que todos somos criaturitas de Dios, pero la Naturaleza me ha postergado injustamente. Nadie hay más feo que yo, ni más inútil ni más débil. No soy sino un pobre gusano, y ni en mí ni en mis obras podría encontrarse la menor belleza. Sin embargo, tengo un buen corazón y me gustaría alegrar la vida de los demás, cantando como el ruisenior o tejiendo telas brillantes como la araña. A la fuerza, algo he debido de hacer o de omitir para que se me haya impuesto este castigo, y bien quisiera saber lo que fué.

Marchó a ver a la araña y le habló así:

—Tú, que tienes ágiles patas y eres fuerte contra tus enemigos y sabes urdir tan hermosos tapices, ¿qué bien has hecho para merecer tanto bien?

La araña nunca había pensado en



semejante asunto. Vaciló un instante y respondió:

—No sé... Como no sea que procuro librar a los hombres de las impertinencias de las moscas. Las moscas son pesadísimas y antihigiénicas.

Y se relamió.

Caviló después de oírla el gusano:

—Ciertamente hay que procurar el bien de los demás seres para ganar el amor de la madre Naturaleza.

Y sintió su corazoncito inflamado en caridad. Abandonó la zarza y se marchó peregrinando por el mundo adelante.

Sus afanes crecieron con sus caminatas porque vió animales más hermosos y más fuertes que él: moscas que parecían tener hecho su cuerpo de un trozo de zafiro o de esmeralda; víboras agudas como puñales y con el color de acero de un puñal; liebres ágiles, de duros dientecillos, y, en lo alto, gavilanes de amplias alas y de mirada penetrante. Y la luciérnaga, en su insignificancia, se humillaba ante todos y sentía renovada su ansia de ganar merced.

Un día encontró a un tábano que reposaba en una ramita de morera y le admiró porque podía volar y remontarse, y porque su zumbido rimaba el sopor y la quietud de las siestas. Y habló con él. El tábano contó que había comido hasta saciarse de un buey desenterrado en el monte por los perros, y que llevaba en su trompa veneno para matar otro buey. Estaba orgulloso de su poderío y confesó que acaso se decidiera a inyectar el carbunco al hombre que guardaba los bueyes para demostrar que era capaz de aniquilarlo.

Entonces la luciérnaga le reprochó con palabras amables, y habló de lo hermosa que es la vida para todos los seres, y de la alegría de templarse al sol y de aspirar el aroma del campo y de ver cómo el grano verde de la mora se torna rojo, y negro después; y habló también de la hosca y profunda y fría noche de la muerte y de la horrible inmovilidad de los cuerpos que devoran después las aves carnívoras y las alimañas del bosque y cuyos huesos mondan las voraces hormigas... Muchas cosas dijo, y en todas ellas iba un poco de su buen corazón. Y al fin, el tábano lloró, enternecido y lavó el carbunco de su trompa en el agua pura de un manantial.

El gusano siguió su ruta, satisfecho de la benéfica tarea y andando, andando, conoció nuevos animales hermosos: el búfalo imponente, de melenuda giba, y el buitro de calva cabeza, que emerge entre la gola de plumas, y el listado tigre, y el león de garras cortantes, y las serpientes de pintada piel y rápidos anillos. Y la luciérnaga se humilló ante ellos y comprendió más intensa y dolorosamente su pequeñez.

Por entonces fué cuando se enamoró de otra luciérnaga. Durante algún tiempo pensó en desistir de sus ansias de perfección y crear una honrada familia en cualquier frondosa mata de la selva, pero le con-

movi6 el dolor de un rival. Otro gusano que amaba a la misma luci6rnaga quiso olvidar en la muerte su fracaso. El vermes peregrino lo contuvo

—S6 bueno con ella—le dijo—; yo ser6 el que se vaya.

—¿C6mo podr6 pagarte este favor?—le pregunt6 el rival.

—Poned mi nombre a vuestro primer hijo.

—As6 se har6—ofreci6 el gusano afortunado, con tan profunda emoci6n que se olvid6 de preguntarle c6mo se llamaba.

Aquel sacrificio fue muy doloroso para el peregrino y aun le pareci6 que la herida causada por el renunciamiento en su coraz6n no curar6 nunca; pero se fortaleci6 pensando que hab6 procurado la ajena felicidad. Se alej6 y vi6 otros pa6ses y otros seres. Envidi6 noblemente, desde los cantiles, los corvos colmillos de las morsas, y la mole ingente de las ballenas, y la blanca piel de los osos del Norte; y consider6 en otras tierras las largas patas rojas y la esbelta figura de la garza real.

Y un d6a le detuvieron unos lamentos angustiosos, y vi6 cerca de 6l, tendida sobre las hierbas, un ave herida por la flecha de un cazador.

—Aqu6 morir6—le dijo el ave—, pero no es mi triste suerte lo que m6s me apena. En ese 6rbol pr6ximo est6 mi nido, y en el nido agoniza de hambre mi hijo. He escuchado dos d6as y dos noches sus pitidos sin poderle valer.

El gusano sinti6 su alma estremecida por aquella grande aflicci6n y habl6:

—Nada valgo y en nada me es dado auxiliarte. Una sola cosa puedo hacer. Subir6 al 6rbol y ofrecer6 mi propio cuerpo a tu hijo.

Y subi6.

Asom6se al borde del nido y vi6 cerca de 6l un ser pelado y deforme y un pico negruzco, 6vidamente abierto. El gusano cerr6 los ojos al horror de su destino y murmur6 apagadamente:

—Aqu6 estoy.

Pero el abierto pico no avanz6 hacia 6l. Hab6 muerto ya el pollue-

lo. La luci6rnaga baj6 del 6rbol y continu6 su caminata.

Al fin lleg6 al m6s rec6ndito lugar de un inmenso bosque, y all6 encontr6 a la Madre Naturaleza atareada en la elaboraci6n de grandes cantidades de tinta verde, porque la primavera se aproximaba ya.

La luci6rnaga se postr6 en el polvo, deslumbrada por la esplendidez de la visi6n, y esper6 el permiso para exponer sus cuitas.

—Madre—dijo, cuando le fue otorgado—, lo que t6 haces bien hecho est6 siempre, y yo no soy sino el 6ltimo de los gusanos. Es tu clemencia y la generosa bondad con que repartes tus gracias, las que me animan a venir junto a ti. Madre, los dones que me hiciste son tan escasos que cualquier otra criatura, aun la menos galana, puede ufanarse de poseer m6s.

Call6. La diosa soberbia ni aun se dign6 mirarle.

¿Es usted aficionado a la
fotograf6a?

Tome parte en el
CONCURSO
que abre hoy

FINISTERRE
Revista de Galicia

y m6nden sus fotograf6as sobre motivos gallegos: paisajes, monumentos, composici6n, figuras, etc.

PRIMER PREMIO: 200 Ptas.
SEGUNDO " 100 "
TERCER " 50 "

Las fotos premiadas ser6n publicadas en la portada de nuestra Revista, como tambi6n todas aquellas que, a juicio de los seleccionadores, merezcan tal distincion.

El plazo termina el d6a 31 de Diciembre de 1943.

—Madre—continu6—, desde que abandon6 mi zarzal para venir a implorarte se han secado y vuelto a nacer varias veces las hojas de los 6rboles, y en todo ese tiempo me he dejado guiar, como de un lazarillo, por mi buen coraz6n. He limpiado un aguji6n de ponzo6a, salv6 algunas vidas, prefer6 al bien propio el contento ajeno, ofrec6 mi propio cuerpo al 6ltimo sacrificio. Am6 a todos los seres. Hazme una merced de belleza.

Y la diosa sigui6 con sus grandes ojos misteriosos fijos en el conf6n.

—Sin embargo—gimi6 el vermes—, ¿qu6 ha hecho mejor que yo la ar6a? Y t6 has ense6ado a la ar6a a tejer sus telas sutil6simas.

La Madre Naturaleza habl6:

—Son trampas mortales.

—Y pusiste marfil en los cuernos del rinoceronte.

—Porque con ellos abre el vientre de sus v6ctimas.

—Y diste corpulencia a la ballena.

—Porque en cada una de sus comidas perecen millares de seres.

—Tambi6n has pintado bellamente la piel del tigre.

—Para disimularlo en el ca6nave-
ral cuando aguarda a su presa.

—¿Entonces—exclam6 el gusano—t6 no eres sino una deidad monstruosa, enamorada del mal, que te nutres del sufrimiento y de la muerte de tus propias criaturas y otorgas m6s a las m6s feroces! El camino del bien pasa muy lejos de tu pe6ho insensible.

Y volvi6 a su zarzal. Y en cuanto hubo llegado e hizo su salida nocturna, vi6 que brotaba de su cuerpo un resplandor p6lido, entre verdoso y azul, que hac6a de ella un brillante a la luz o un trocito de 6strella. Comprendi6 que la Naturaleza hab6 querido castigar su osad6a haciendo que hasta en las tinieblas se viese su humilde condici6n de gusano que la delatase a sus enemigos. Pero aun en lo que da como castigo pone novedad y hermosura la Naturaleza. Desde entonces, la luci6rnaga va condenada a decair:

—Ved qu6 humilde soy.

¡Pero lo dice tan bellamente...!

EL PRIMER CAFE DE SANTIAGO

Lo instaló en el año 1812 un orensano natural de Celanova

Es muy probable que antes de esa fecha no hubiese aun existido ningún establecimiento en Santiago, que recibiese el nombre de café.

Los cafés públicos, en Europa, parece ser que no llegan a remontarse más allá del siglo XVII. En Madrid, Corte de las Españas, sus cronistas no han conocido, por ahora, más café antiguo que el de «Pombo», no atreviéndose a precisar su época, que seguramente no pasaría del XVIII.

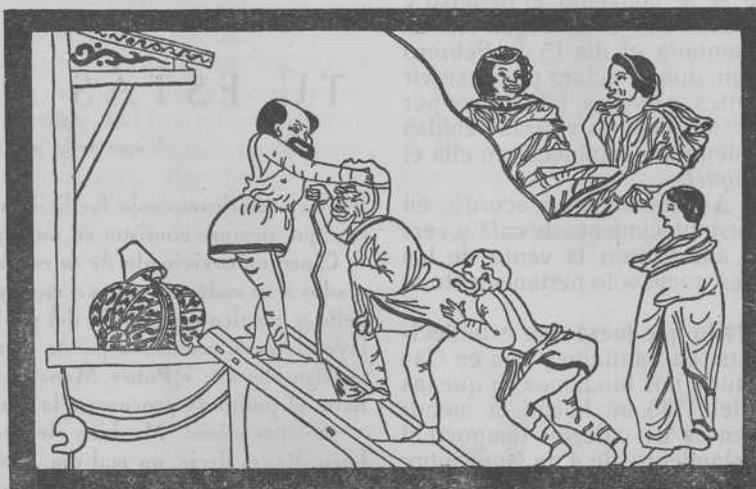
Estos primeros cafés de nuestra Península, tomando por modelo al de «Pombo», carecían de toda comodidad y alegre bullicio. Eran más bien lugares sombríos, bajos de techo llenos de rincones, propios para no ser vistos los asiduos parroquianos, dándoles cierta seguridad en sus complots y confabulaciones. Llegaron a ser los sitios preferidos de los hombres de las nuevas ideas de Carlos IV y Fernando VII, continuando después a ser los puntos de cita de los literatos y periodistas. El café fué así, poco a poco, introduciéndose y tomando posiciones en la capital de España que, según Mesonero Romanos en «Memorias de un setentón», capít.º X, 1815-1816, «Madrid y los madrileños», la parte de su población más dada a la vida pública «podía optar entre los ahumados y estrechos aposentos del café de Levante (calle de Alcalá, frente al Buen Suceso), donde engolfarse en una interminable partida de chaquete o de ajedrez». Prosiguiendo sus citadas «Memorias», al referirse a los años 1824-1850, nos habla de Lorenzini y Lafontana de Oro, tea-

tros que fueron de aquellas desentonadas escenas, los dos concurridos y prosaicos cafés, refugio el primero de oficiales indefinidos y de ociosos indefinibles, que se entretenían en comentar la *Gaceta* (publicada solo tres a la semana) y en hacer sinceros votos por *Ipsilanti* o *Maurocordato*, por *Colocotroni* o por *Canaris*, los héroes del alzamiento de la Grecia moderna; y el segundo (*La Fontana*), punto de reunión de los hombres graves, ex-políticos, afrancesados y liberales, era un establecimiento... donde se servía buen café.

Mas el café de Santiago alcanza al año 1812. El 16 de Enero, como puede verse en «Consistorios» del dicho año, Archivo del Ayuntamiento, presentó una solicitud Francisco Lorenzo Noguerol, natural de Riveiro, Celanova, Orense, casado, con objeto de establecerse y subsistir con su familia a beneficio de su industria, que consiste en fabricar cerveza y licores de diferentes clases y calidad.

Manifiesta que «recurre a fin de que se le conceda el permiso de establecer en esta ciudad una casa pública de *Café*, bajo las ordenanzas de policía que tengan a bien imponerle, satisfaciendo los derechos establecidos para poder beneficiar en ella dicha *Cerveza*, aguardientes y demás licores, tomados de dicho asentista».

He aquí una razón de verdadero efecto: «Es muy notable Señor, que una ciudad culta y Capital de un Reino populoso, y por la que transitan los más de los viajeros que vienen a ella, carezca de un *auxilio tan cómodo y necesario para des-*



ESCENARIO

Si contemplais con detenimiento un rostro humano, hareis la observación curiosísima de que en él —como el destino en la palma de la mano— va escrita la profesión para que fué elegido por el Creador. No se trata de una nueva modalidad de la craneoscopia lombrosiana, ni de nada que tenga que ver con la ciencia médica. Mi descubrimiento —que hoy hago público por medio de estas líneas— es sencillo y está al alcance de la más elemental inteligencia, pues entronca con la sabiduría del corazón —la «corazonada»— que no se adquiere en los libros de texto, ni en los bancos de las aulas universitarias.

Contemplad los rostros y vereis que los hombres llevan en ellos algo sutil, pero inconfundible, que va diciendo que son zapateros o notarios, o enterradores o policías. Claro que, a veces, os ocurrirá que aquel que suponfais sepulturero es un probo recaudador de contribuciones y vosotros entonces os quedareis sorprendidos y dudando de mis teorías...

Sin embargo, seguid creyendo. Pensad en que el refrán aquel de «zapatero a tus zapatos» quiere decir que el que tiene cara de zapatero, no puede ser otra cosa más que zapatero.

Aquel señor que se parece a Don Quijote y que en vez de deshacer entuertos, se dedica a la más negra usura, no es un Quijote falsificado, un lobo vestido de cordero, sino un auténtico Alonso de Quijano, metido a usurero por equivocación, por estar mal informado de su rostro. Por ende mi teoría es irrefutable, aún a pesar de las pocas y lamentables excepciones que la contradicen.

¡Oh! Cuantas tragedias, cuantos conflictos, cuantas guerras se hubieran evitado, si los hombres todos, antes de empezar el camino decisivo de sus vidas, se contemplasen detenidamente en el espejo.

CELSE DE CELA

ahogo de sus naturales y su alivio». Santiago, en verdad, era entonces la ciudad de mayor perímetro y de mayor número de habitantes de Galicia. Su catedral, sus joyas arquitectónicas, su gran Universidad, su capitalidad de Galicia, le hacían el punto de más atracción y de más movimiento comercial de toda la región gallega. De ahí lo oportuno que está Nogueroel en hacer resaltar que una ciudad tan importante pueda carecer de un establecimiento público, considerado como cómodo y necesario desahogo de los ciudadanos. Además sabe alegar lo muy acostumbrado y versado que se halla en el buen trato y desempeño que exige una casa pública de esta clase. Expone también, y para mayor comodidad, establecer una mesa de billar.

Estamos ciertos de que se le concedió el permiso y autorización de abrir el mencionado café, según lo manifiesta otra solicitud presentada el día 15 de Febrero del mismo año de 1812, en donde aclara poder servir «además licores, aguardientes, cervezas, fabricadas por sí mismo, juntamente con café, ponches y otras bebidas de los tiempos; como también para establecer en ella el Real juego de Villar y Chaquete».

Pero si en la sesión del Ayuntamiento se acordó, en verdad, la licencia para el establecimiento de café y cerveza, de ningún modo le autorizaron la venta de los aguardientes y de los licores, ramo solo perteneciente al asentista.

Nada, pues, tiene de extraño que fuese este establecimiento el primero de su clase en Santiago y aun en Galicia. Y al hacer esta conjetura, nos fundamos en que las Ordenanzas municipales del 1775 no hacen la menor alusión a los establecimientos de café, ni tampoco el siguiente acuerdo del Ayuntamiento de 4 de Noviembre de 1808: «Teniendo en consideración lo que conviene a la mejor tranquilidad y sosiego público en las actuales circunstancias, evitar que de noche y hasta desora estén francas las tabernas, figones, botellerías y demás puestos públicos de vevidas, se publique Bando proiuiendo se cierren por aora, y hasta nueva orden, a la ora de nueve de la noche, desde la qual no dé despacho alguno hasta la madrugada», ni aun el Bando del señor Gobernador Militar, fecha del 24 de Agosto de 1809, ordenando que: «Las tabernas y ventas de vino y agua ardiente se zerrarán a las nueve de la noche; y desde primero de Octubre a las ocho».

¿En qué calle debió instalar Nogueroel su establecimiento de café? Es dato que por ahora no hemos aun tenido la fortuna de encontrar. Así que bien pudo ser en el Preguntoiro, o en la Rua del Villar, o en el Franco, o en la Plazuela de la Universidad, lugares cercanos por donde pudiesen transitar los estudiantes, los militares y civiles, la juventud toda que había jurado y aplaudido la Constitución.

Y hemos citado últimamente la Plazuela de la Universidad, en la creencia más fundada de que ésta sea la calle en que se estableció Nogueroel. Nos lo viene a revelar un oficio del Excmo. Sr. Inspector de Milicias, del 13 de Febrero de 1816, en que dice: «relatiba a que este ayuntamiento tenga la vondad de facilitar Casa Cómoda como son las que ocupan barías mesas del Villar para colocar en ella el Destacamento Provincial de Compostela, por las razones que expresa, y enterados dichos señores acordaron se junte, y en atención a que la Casa, que sirbe de villar frente al Edificio de la Real Universidad es la propia para este fin, desde luego se señala por este Ayuntamiento para el Destacamento del Regimiento Provincial de Compostela, a cuio efecto se le haga saber por el Excusador del presente Secretario al que le ocupa la dege libre dentro del término de quince días, para cuio fin si espusiese no hallar casa a que trasladarse, sele señala la que ocupa en la calle del Franco Juan Núñez.»

Este acuerdo no debió llevarse a la práctica, porque en el libro de «Consistorios», correspondiente al 5 de Noviembre de 1816, folio 38 vuelto, nos encontramos con lo siguiente: «Se ha visto oficio del Rector de la Real Universidad, fecha 31 de Octubre último, acompa-

ñándole una Certificación dada por D. Luis Coton ssrio. de ella inserto los capítulos de las Providencias dadas por los señores Visitadores Regios para el mejor régimen de los estudiantes, afin de que nose permita a las inmediaciones de dicha Vniversidad, cafés ni casas de juego.»

Escaso resultado debieron causar las citadas Providencias. Los cafés y las casas de billares siguieron funcionando en los lugares más próximos a la Universidad, Fonseca y demás centros de estudios, sin que por eso no existiesen en otras calles, como la Rua del Villar, Rua Nueva, Preguntoiro, Algalia, en donde también flotaba su poquito del mundanal ruido.

JESÚS CARRO GARCÍA.

TÚ ESTÁS MUERTA...

(Viene de la página nueve)

les norteamericanas solo facilitaban mujeres «con defecto físico» que siempre consistía en un hijo de 7 a 10 años.

Cinco años viviendo de tu recuerdo. Sesenta meses consagrados a tu cadáver, que yo me figuraba descansando en el bello y poético cementerio del pueblo, bajo una losa con una leyenda cursi redactada por tu mamá. Una leyenda que yo me figuraba así: «¡Pobre Menchi! La vida fué dura con ella hasta el punto de procurarse la muerte para descanso».

¡Sesenta meses! Me hice viejo, decrepito, reumático, y un buen día, es decir, un mal día, cuando la nostalgia y las deudas no me permitían vivir en aquel país absurdo, en donde los policías se llaman siempre John y las mujeres son todas rubias platino, regresé al pueblo...

Y tú —¡tú—, Menchi; tú, Menchita, vivías aún. Aún existías. Es decir, que tu suicidio había sido un monstruoso «bluff», una terrible «plancha» que yo me había tirado. Vivías aún, mujer, y lo peor no era eso; lo peor no era mi sacrificio estéril por todos los rincones del mundo; lo peor no consistía en el gigantesco sentimiento de haber hecho el ridículo, que me acometió al saber la verdad. Lo peor, lo que no tiene nombre, lo imperdonable, lo criminal, lo bochornoso, era que ¡te habías casado! Te habías casado con Evencio, el hijo del veterinario, mi enemigo irreconciliable, eterno, al que nunca pude vencer ni al billar ni al chameo, ni en los concursos de baile. ¡Te habías casado! Tu voz opaca, densa, tibia, que tan bien decía «all right» treinta y dos veces al día, se doblaba y desdoblaba para decir: «Mi marido».

¿Comprendes ahora por qué tú estás muerta?

Te llevo yo enterrada en mi corazón desde aquel diecisiete de Mayo inolvidable, en que todo estaba lleno de abril y de pájaros.

Ilustró Válgoma.

EL FENIX

MARCA REGISTRADA

TIJERAS DE CORTAR EL PELO Y ESQUILADORAS

JENARO CRUCELEGUI

SUCESOR DE

Elcoro y Cia., S. L.

Apartado 38 - Tel. 3232

EIBAR (GUIPUZCOA)

Fray Tomás de Lemos

EL nombre de este insigne teólogo de la Orden de Predicadores, acaso no sea todo lo conocido que merece en la actualidad; no obstante, su fama de sabio fué universal y la Historia de España en la segunda mitad del siglo XVI y comienzos del siguiente, no registra un nombre más glorioso y venerado. De este religioso ilustre dan breve noticia biográfica los Dicionarios enciclopédicos y algunas Historias eclesiásticas. Pero la más completa y exacta relación de su vida es la que en 1906 publicó el distinguido historiador ribadaviense D. Leopoldo Meruéndano, cuyos autorizados pasos vamos a seguir.

Tomás de Lemos nació en la antigua villa de Ribadavia, de la provincia de Orense, primer capital de Galicia y Corte de Don García I, en la noche de la Natividad del Señor del año 1559. Fueron sus padres Don Diego Lemos y Doña Beatriz García, vecinos de la citada villa y descendientes de la noble familia de los Lemos de Monforte.

Las más piadosas leyendas florecen de milagro la vida intensa de Tomás de Lemos, desde su niñez hasta su muerte. Su historia está aromada de ingenuidad como un cuento de niños; tiene un sabor dulce de Navidad; hay en ella dejos patriarcales que conmueven y encantan...

Pues, señor: Una tarde de Agosto de 1566 sucedió que Lemos, de siete años de edad a la sazón, fué con su madre a la iglesia de Nuestra Señora de la Oliveira de Ribadavia, de cuya imagen era ferviente devota y camarera Doña Beatriz García. Mientras su madre se daba a la piadosa tarea de vestir a la Virgen su manto de fiesta para la solemnidad del día 15, Tomás se puso a jugar al escondite con otros niños de su edad; una de las veces se le ocurrió esconderse en el púlpito de la iglesia, quedándose allí dormido. Terminada su faena, Doña Beatriz cerró la puerta del templo y se marchó a su casa. Se hizo de noche, y como Tomás no acudiera al hogar, su madre «envió criados a buscarle por todas las calles, sin que pudieran obtener noticia alguna de su paradero».

«A la mañana siguiente—continúa contando el antes citado historiador—, cuando el sacristán de la Oliveira entró en la iglesia para tocar al alba, lo primero que

observa es al niño Tomás, sentado sobre el altar y con la cabeza reclinada a los pies de la imagen de Nuestra Señora, despierto, sonriente y comiendo confites.»

Pocos años más tarde muere su madre, y Tomás —huérfano ya de padre desde su más tierna infancia— se acoge a la protección de su hermano mayor Jácome. A los 20 años, Tomás se traslada a Salamanca, para proseguir sus estudios en aquella famosa Universidad. Cursa Derecho Canónico y Civil, obteniendo el título de Licenciado *in utroque jure*. Durante este tiempo el joven

Lemos dá brillantes muestras de su elevado genio y deja en la Universidad un grato recuerdo de su aprovechamiento, su imaginación entusiasta, su juicio sólido y su feliz memoria.

Otra vez en Ribadavia, su hermano y tutor Jácome desea que Tomás ejerza la profesión de abogado; pero Lemos se niega rotundamente. Un anhelo remoto comenzaba a adueñarse de su espíritu. Tomás gusta del silencio, de la soledad, y reparte sus horas entre el estudio y la oración.

Tiene Tomás de Lemos 26 años, cuando su vocación secreta y profunda hacia el estado religioso se hace irresistible en su corazón. Confiesa a Jácome el ardiente deseo que le embarga de tomar hábito en el Convento de Dominicos de la villa, uno de los primeros que se fundaron en Galicia, consagrando su vida a Dios. Su hermano se burla de él: en dicha Orden de Predicadores no se puede

de entrar sinó a los 15 años y Tomás cuenta ya más de 26; proponer tal cosa a los frailes dominicos sería perder el tiempo. Esta oposición, que dá al traste con lo que Tomás considera su felicidad, le llena de pesadumbre y desconsuelo. Pero (nuevamente la leyenda ilumina el pasaje con luces de milagro) «por tres diferentes veces se aparecieron a Lemos Santo Tomás de Aquino y San Jacinto, excitándole a que pidiese al P. Prior del Convento de Santo Domingo el hábito religioso.» Comprendiendo el Padre Prior que se trataba de algo sobrenatural, «pidió sus votos al capítulo, y todos unánimes votaron en favor de la admisión de Tomás de Lemos como novicio.» El noviciado de Lemos fué una constante demostración de la profunda humildad que le distinguía, teniendo el Padre Prior y todos los religiosos muchos



Reverendo P. M. Fray Tomás de Lemos

motivos para edificarse con la práctica de las virtudes que en Lemos resplandecían.

Después de haber profesado, Lemos es enviado al gran Colegio de San Gregorio de Valladolid, como premio a su talento, recibiendo en aquél el grado de Maestro en Teología y ocupando por algún tiempo la cátedra de esta ciencia en la Universidad de la citada ciudad. Más tarde fué lector o catedrático en el Convento de Dominicos de Palencia.

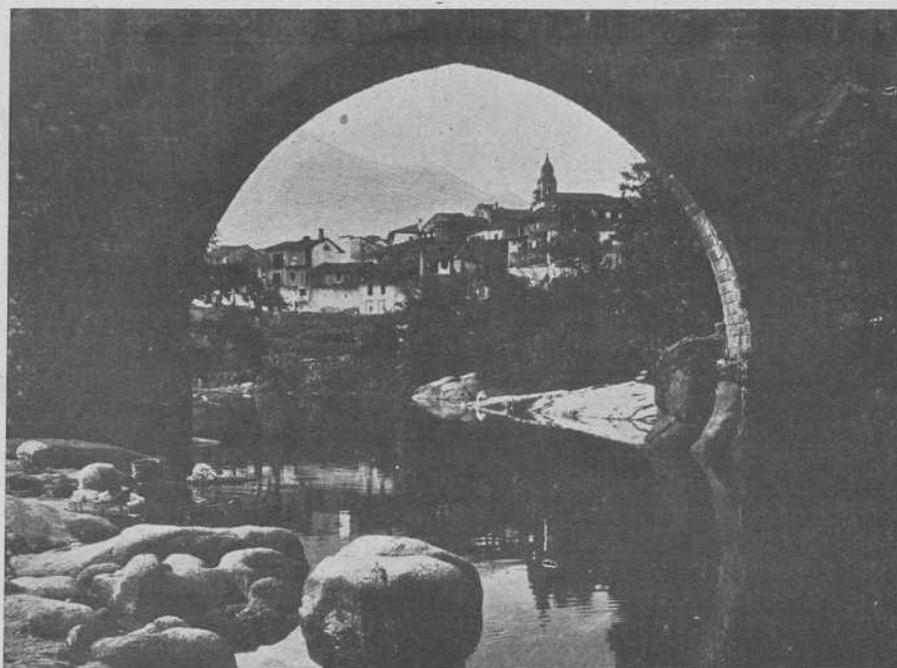
Durante todo este lapso de tiempo, se aplica Lemos detenidamente al estudio de las obras de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, así como también al de las Santas Escrituras, Decretos de los Concilios y decisiones pontificales. «Su memoria era tan prodigiosa, que con dificultad uno hubiera equivocado la menor cita de esas obras delante del P. Lemos sin que éste advirtiese en el acto el error.»

Despojado de su cargo, abandona Lemos Palencia y vuelve a Ribadavia, dedicándose a las faenas de misionero en Galicia y Castilla. «Un verano va a ver a su hermana Isabel, que vivía en Sotomayor, e hizo allí misión y un milagro, cuya memoria perdura en aquella tierra junto a Fornelos de Montes»: La sed abrasaba a la muchedumbre que había acudido a escucharle, hasta el punto de pedir al P. Lemos que suspendiese el acto. «En vista de esto Lemos, imitando a Moisés en la peña de Horeb, golpeó la tierra con el bastón en que se apoyaba y brotó allí mismo un manantial de agua tan saludable que cura tercianas y otros muchos males, y se le llama, aun hoy día, *Fuente Santa* en todo aquel país.»

Y ahora llegamos a la época más importante y gloriosa de la vida de Tomás de Lemos, determinante de la notoriedad y fama de sabiduría que alcanzó entre sus contemporáneos.

«En 1600 fué enviado al capítulo general de la Orden, celebrado en Nápoles, en donde sostuvo una tesis sobre la gracia, dedicada al Cardenal de Avila. Tan hermosa hubo de aparecer su elocuencia, tan profundos sus conocimientos, tanta su pericia en la escolástica, que se le confirió entonces el grave encargo de ir a Roma a defender con su colega Diego Alvarez la antigua doctrina y a expurgar las novedades de los jesuitas. Llegó a la Ciudad Eterna en ocasión en que se preparaba nada menos que el quinto examen de las proposiciones de Molina sobre la justificación. Después de repetidas sesiones, cuatro veces la Congregación había informado en sentido desfavorable a los novadores, que comprendiendo que la condenación del libro de Molina podría amenazar la existencia de la Compañía, proponían al Papa una transacción que tendía a que se declarasen probables las opiniones de tomistas y molinistas. Pero Tomás de Lemos demostró en un informe escrito, presentado a Clemente VIII, que la transacción pretendida era ilusoria. Poco después refutó un escrito que los jesuitas habían dirigido a las Universidades de Italia acusando a los dominicos de luteranismo y calvinismo.

«En las sesiones celebradas desde entonces (1601) por la Congregación de *Auxiliis*, tanto en aquellas a que solamente asistían los consultores como en las presididas



La villa de Ribadavia, cuna del insigne religioso, mirándose graciosamente en el espejo de las aguas del Aviz. (Foto Chao).

por Clemente VIII y Paulo V, con el concurso de los Cardenales, Lemos sobrellevó todo el peso de la disputa. Aquellos Pontífices, dice el historiador Racine, a quien seguimos en la narración de estos hechos culminantes de la vida de Lemos, sentían un singular placer oyendo hablar al gran hombre.»

En una de las sesiones presididas por Clemente VIII (30 de Septiembre de 1602), a la cual habían concurrido en representación de la Compañía los jesuitas Valencia, Arrubal, La Bastida y Salas, obtiene Lemos un resonante triunfo frente al primero.

Incansable en sus tareas, escribió las actas de las sesiones a que concurrió, anotando los sucesos diarios y hasta los menores detalles. Este libro se publicó en Reims en 1702. Pero la obra más importante de Tomás de Lemos es la que tituló *Panoplia gratiae*, impresa en Biziers en 1676, en dos abultados volúmenes *in folio*, libro que puede considerarse como el más copioso arsenal a donde habrán de acudir en todos los tiempos los que quieran conocer a fondo los precedentes históricos y la doctrina dogmática sobre la justificación, que en aquel entonces traía agitado al mundo cristiano.»

«Lemos vivió larga, honrada y modesta vida. En sus postrimeros días Clemente VIII había revelado el propósito de conferirle la dignidad cardenalicia, pero le sobrecogió la muerte sin haber otorgado tan merecida recompensa al valeroso campeón de la antigua fé. Ciego tres años antes de su muerte, atendió sus necesidades con una pensión que le concedió el Rey de España y que Lemos aceptó, tal vez para no ser, en su concepto, carga inútil al Colegio de Minerva de Roma, en donde falleció el 23 de Agosto de 1629 a la edad de 84 años.»

Murió como un ángel y toda la Corte acudió a honrar su cadáver. Los habitantes de Roma, provistos de tijeras, cortaban pedazos del hábito del célebre dominico para llevarlos a sus casas como preciosas reliquias. Tal era el concepto de santidad en que le tenían; y como a Santo le canonizó el pueblo y la Corte de Roma.

La voz dulce de la leyenda cuenta que en la noche en que moría Lemos, la casa donde nació, sita en la Plaza Mayor, como el Convento de Santo Domingo, «aparecieron coronados de brillantes luces.»—EMILIO CANDA.

El Centenario de Camoens

A PENAS si se ven los mojones; no hay (en la dirección del camino de hierro) río ni montaña que demarque los límites respectivos, e imposible sería decir, juzgando por las señales exteriores, en donde empieza Portugal o en donde termina España; a mí, no obstante, me hizo notar la diferencia el ardiente recuerdo de la patria que, al trasponer la frontera, se despertó de improviso en lo profundo de mi memoria.

Atrás dejaba los llanos cubiertos de innumerables amapolas que los hacen aparecer como salpicados de sangre; los ríos sin sombra que hierven aprisionados en un lecho de cálida arcilla; las ruinas feudales que se confunden con la madre roca; los corcobados pueblecillos que tienen el mismo color gredoso de la tierra, y a la manera de nidos de alondra casi no se distinguen entre los surcos; los dilatados horizontes, en demanda de los cuales avanza acaso al monótono son de la esquila la perezosa recua; las largas filas de arrayanes y de chumberas en flor, el esqueleto del acueducto de Mérida, sobre cuyos últimos arcos se me figuró reconocer inmóviles y misteriosas, como símbolo de la eternidad, las mismas cigüeñas que diez años antes, por primera vez, había visto: en una palabra, acababa de atravesar medio soñoliento y algún tanto influido por la grandeza de la soledad las mesetas de la Mancha y de Extremadura, todas bañadas de sol y envueltas todas en el cendal polvoriento del estío.

Desperté en Portugal como si hubiera despertado en Galicia, y para comprender que me hallaba en país hermano, no tuve necesidad de buscar la imaginaria línea divisoria.

Digéronlo los ríos, murmurando al deslizarse bajo túneles de fronda; los castaños y robles que me dieron la bienvenida en nombre de la patria ausente; los cruces y los campanarios de las aldeas, y sobre todo, y más que todo, el blando lenguaje, cuyas familiares vibraciones alegre y atropelladamente se me entraron por las puertas del alma y del oído.

No sé yo si estas sensaciones, cada vez más vivas, serían parte para que, al poner el pie en Lisboa y los ojos en su bahía incomparable, se me antojase que tenía delante la ciudad y bahía de La Coruña. Es lo cierto que algún tanto se parecen entrambas, salvo la mayor extensión y la más femenina hermosura de la primera.

Por las calles discurría una regocijada muchedumbre vestida de gala, ni más ni menos que lo estaba la ciudad con sus guirnalda de mirtos y de flores; delante del arsenal y a lo largo del río agrupábanse heterogéneas e innumerables embarcaciones... Había llegado la hora de dar principio a las fiestas.

¡Camoens! Razón tenía el pueblo portugués para celebrar con amorosos trasportes el tercer centenario del poeta favorito; para honrar, como cosa sagrada y propia, la memoria del primer épico del Renacimiento, de aquel bachiller-soldado merced a cuya pluma resplandecerá por siempre la fé de vida de Portugal en las tablas de la Historia.

¡Caamaño!... De Galicia habían salido sus abuelos; allá en la tierra adentro de Pontevedra se alza todavía el aporillado torreón de Lantaño, y aun tiene el feudo de Rubiñes herederos y señores.

Bien podía yo, por lo tanto, asociarme con interés directo a la solemne manifestación pública, puesto que no era un extraño ni un curioso, sino un miembro de otra rama que, viniendo de extraña tierra, llegaba a punto de tomar parte en la fiesta de familia.

No hay para qué entrar en pormenores harto conocidos y celebrados; no hay para qué repetir que todo el

honor y la gloria de la conmemoración corresponden al pueblo lusitano, el cual, con sensatez tan grande como su entusiasmo, dió en tal ocasión inequívoca muestra de cultura y de civismo.

Sabido es que los huesos de Camoens, exhumados del antiguo Convento de Santa Ana, fueron conducidos por mar y en compañía de los de Vasco de Gama al Monasterio de los Gerónimos. No falta quien diga que entre las cenizas, con tan grande pompa recogidas y trasportadas, no hay una sola partícula de las del mal aventurado poeta, de lo cual llanamente se demuestra recordando el terremoto de Lisboa y la completa ignorancia acerca del primitivo lugar de la sepultura. Poco importa todo ello. No a los huesos sino al espíritu, no al cadáver corrupto sino a la musa siempre joven, ha rendido Portugal el fúnebre y debido acatamiento.

En el elegantísimo templete levantado en el Terreiro do Paço con destino a la familia real, firmaron a medio día el acta de celebración los miembros de todos los gremios, clubs y sociedades, así como los representantes de la prensa nacional y extranjera, que debían formar parte del cortejo cívico. Galicia contribuyó con dos firmas: la de «El Telegrama», de La Coruña, y la de «La Ilustración Gallega y Asturiana»; así como a la redacción del *Portugal a Camoens*, publicado en Oporto el mismo día, había contribuido con las de Rosalía Castro de Murguía, Emilia Pardo Bazán y Antonio Romero Ortiz, cuyos nombres dignísimamente personifican la literatura y la patria gallega.

Una hora después, entre el pabellón ocupado por la corte—símbolo del pasado—y el grupo juvenil expuesto a los rayos del sol y formado por la prensa portuguesa—que es la encarnación del porvenir—desfilaban lentamente con estandartes alzados, y conduciendo los atributos del trabajo, todas las fuerzas vivas de la nación, todo lo que constituye su poder actual, todo lo que garantiza y afirma su prosperidad futura. Allí iban los pescadores de Aveiro, Cascaes y Povoas con el rostro atezado y los pies desnudos; allí los alumnos de las escuelas agrícolas vestidos de azul y calzados de gamuza; allí la hermosa juventud universitaria de Coimbra con la cabeza destocada y ciñendo el tradicional manto negro; allí los labradores, y los niños de las escuelas primarias, y los gremios de artes y oficios, y las sociedades filarmónicas, y por último, un pueblo entero que había querido cooperar a la realización de la apoteosis y que se honraba a sí mismo honrando a aquel por quien, a través de los siglos, subsisten las grandezas de la nacionalidad lusitana.

Pocas veces se verá—algo parecido había yo visto en la ciudad de Orense durante la celebración del centenario del P. Feijóo—, pocas veces se volverá a ver en país latino espectáculo semejante. Entre nosotros es muy raro caso el de que las clases humildes, únicamente avezadas a los festivales políticos o religiosos, tomen parte activa en los puramente literarios o artísticos que, por su índole, parecen reservados a un pequeño círculo de iniciados e inteligentes.

El *Ze Povinho* portugués, obedeciendo al impulso comunicado por su nobilísima prensa periódica, ha ofrecido a la consideración de los pueblos hermanos un alto ejemplo, tanto más digno de aplauso, y, digámoslo de una vez, de envidia, por cuanto durante largos años no tuvo ni ha de tener imitadores.

ALFREDO VICENTI.

Junio de 1880.

LIBROS

VIÑAS CALVO

LA CIMA EXTRA VIADA

POEMAS

HEMOS regustado con gozo de pura primicia, la exquisita espiritualidad de este libro, cuajado de auténtica poesía, sazonado por un subjetivismo sutil, pleno de temblor emotivo. Si quisiéramos definir en una sola palabra la total virtud de estos poemas logrados, diríamos: altura.

Y en verdad no hay dimensión más poética que esta, porque ¿qué más quiere el espíritu que volar, subir, llegar a lo alto, allí donde las cosas pierden su perfil físico, para ganar la extraordinaria categoría de mito?

Altura es a la poesía, lo que el silencio a la música. ¡Quédese lo profundo para la filosofía, que dá tristeza y no belleza!

Poeta quiere decir adivino del bello y lento transcurrir de las cosas. Presentir la escondida faceta del tiempo que pasa. El ritmo oculto. La senda virgen. He ahí el milagro poético pleno de misterios del infinito.

Los partidarios de una poesía casera, municipal y espesa, tildarán estos poemas de difíciles y herméticos, como si lo poético, para serlo, tuviera necesidad de la concisión aritmética. Cinco por cinco son veinticinco. Esta es una clara verdad comprensible, más sin valor alguno porque su exactitud, excluye la incógnita, clave y secreto de toda invención poética.

En las poesías de Viñas Calvo hay un recrearse en las palabras, un gozarse en su redondez musical y en su sabor ideológico. Primavera, fuente, sonrisa, claridad, adquieren un valor nuevo, lejano del tópico,

cuyo peligro rehuye intuitivamente por pura imposición de su estética selecta, aristocrática.

Tres elementos poéticos esenciales presiden la obra extensa de Viñas Calvo: la ternura, el amor y la tristeza. La ternura por las cosas humildes y sencillas, sorprendidas en su difícil belleza por la pupila amante del poeta. Hay una especie de franciscanismo panteísta en su dulce manera de acariciar los eternos temas del espíritu. El amor casi se deshumaniza, se hace pura abstracción. La amada, es una vagorosa sombra de contornos iluminados como en las hermosas kasidas orientales.

El festín amargo del verso le dá al poeta su definitiva y decisiva situación heroica. Un poeta es un héroe que predica en desierto. Un hombre-isla rodeado de filisteas indiferencia por todas partes, menos por una que lo une con lo celeste, con lo angelical. Esto sucedió siempre. No hubo nunca una época propicia en absoluto a la poesía, como creen los que tienen una visión deformada de la historia. Siempre existieron los rascacueros, los tenderos del espíritu, los zapateros remendones de lo bello. Pensándolo bien, con ello ha ganado la poesía, que siendo multitudinaria, se adultera para convertirse en un pasquín electoral, limitado, sin vuelo poético, sin temblor cósmico.

La tristeza de este autor no es amanerada ni decadente, sino vital, en actitud de lucha. Es una queja. Un lírico desgarrado. Para nosotros lo lírico está en el pudor de lo íntimo, en la tensión afectiva. En los poemas de Viñas Calvo, nos encontramos, nos reconocemos y este es la mayor alabanza que un poeta puede hacer de otro.

Viñas Calvo ilumina los sentimientos más quintaesenciados que llevamos adormecidos allá en el fondo del ser. Les dá forma. Los viste de blanco y después uno los ama como si fuesen un poco hijos nuestros.—C. E. F.

*Viñas Calvo, "La Cima Extra-
viada", Poemas. 1943. "Gráficas
Torres", Pontevedra.*

W. FERNÁNDEZ FLOREZ



PRETENDER decir algo nuevo sobre nuestro paisano Wenceslao Fernández Flórez, se nos antoja tarea tan peligrosa como la de meterse en camisas de once varas. Wenceslao es un consagrado, un intocable. Su obra fué ya medida y pesada, aplaudida y execrada, por los que se creen dueños de la última palabra en estos menesteres literarios. Se habló de sus puntos de contacto con Twain y con Saw; se estudiaron las influencias de Eça de Queiroz y se definieron todas las facetas de su humorismo, a la vez que se hicieron serias desquisiciones sobre la ironía gallega. Sin embargo nadie paró mientes en el valor supremo de sus novelas, que es a nuestro entender una sutil poesía impregnada de ternura, que corre subterráneamente a lo largo de su prosa maestra. Poesía pura. Ni moderna, ni antigua: actual. Esa poesía que hay en todas las cosas, hasta en las más humildes, hasta en las cosas feas, e incluso en las grotescas, Fernández Flórez las acaricia con ternura infinita y después nos las muestra con una sonrisa humana, que no es de burla sino de piadosa comprensión.

En "El bosque animado" culmina esta maravillosa virtud de Wenceslao. La "Fraga", el bosque de nuestra tierra, es en esta obra, todo un mundo, con sus luchas y sus problemas, relatados con prosa trabajada, inmejorable. Hablan los árboles, los pájaros, la araña y la mosca. Y también los hombres. Todos ellos se ganan el cariño del lector, porque Fernández Fló-

rez, les dió una vida cordial, llena de simpatía y de amor. "Fendefestas", el ladrón del bosque, es un encantador personaje, perfectamente encuadrado y ambientado. "La Moucha", resulta una bruja familiar y campechana, sin aparatosa teatralidad, en su oráculo. Todos los personajes, tienen un humano vivir, que el autor ilumina con su linterna de observador minucioso.

"La fraga—dice el propio Fernández Flores—es un ser hecho de muchos seres. (¿No son también seres nuestras células?) Esa vaga emoción, ese afán de volver la cabeza, esa tentación—tantas veces obedecida—de detenernos a escuchar no sabemos qué, cuando cruzamos entre su luz verdosa, nacen de que el alma de la fraga nos ha envuelto y roza nuestra alma, tan suave, tan levemente como el humo puede rezar el aire al subir, y lo que en nosotros hay de primitivo, de ligado a una vida ancestral olvidada, lo que hay de animal encorvado, lo que hay de raíz de árbol, lo que hay de rama y de flor y de fruto, y de araña que acecha y de insecto que escapa del monstruoso enemigo tropezando en la tierra misma, tan viejo, tan oculto, se remueve y se asoma porque oye un idioma que él habló alguna vez y siente que es la llamada de lo fraterno, de una esencia común a todas las vida.

—¡Espera —nos pide—; déjame escuchar aún, y entenderé!"

En este nuevo libro, Wenceslao Fernández Flórez, en la plenitud de su forma, corrobora sus cualidades de gran escritor y de novelista extraordinario. Pasea su espejo a lo largo del camino y recoge en el prisma toda la gama poética y humorística. Conoce bien a Galicia y a su psicología peculiar, única. El mismo, no es más que un gallego, cien por cien, como se dice ahora, con la socarronería, la sonrisa irónica y el lirismo característico de las gentes celtas, que, a decir de un famoso pensador, saben meter las manos en sus entrañas, para sacarlas llenas de secretos del infinito. — C. DE C.

W. Fernández Flórez. "El Bosque Animado". Novela. 1943. Librería General. Zaragoza.

RAMÓN BARREIRO



HACE UNOS días ha aparecido en las librerías de Madrid y provincias un nuevo libro: "Nosotros los hombres", en el que su autor, Ramón Barreiro, confirma y valorea su innegable condición de novelista. Y con decir que se lee de un tirón, avidamente, sin que la difícil y soñada amenidad se ausente ni un momento de sus páginas, habremos hecho su mejor y más cumplido elogio.

A Ramón Barreiro, se le puede calificar, en frase de Gracian, de "hombre notante". "Notante"—entonces y ahora—quiere decir "observador". Esto es: hombre que pasa por la vida notando y anotando. "Nosotros los hombres" es el libro de un observador fino y sagaz, que sabe trasladar al papel lo que "nota", lo que ve desfilar ante él.

Y, en este caso, lo que Barreiro ve desfilar es una teoría de hombres grises, anodinos y vulgares a los que clava, como el entomólogo sus mariposas, con el agudo alfiler de su humorismo, dándoles categoría de personajes. Y es que realmente, todo ser humano, aún el más desdichado y vacío, tiene un perfil, un rasgo, un algo en su vida que lo define y lo salva; eso que los ingleses denominan en el teatro con la intraducible palabra "climax".

Los doce hombres elegidos por Barreiro—don Dieguito, don Miguel, don Jacinto, don Gaspar, don Ernesto, don Teodoro, don Alvaro, don Ramón, don Benito, don Luciano, don Hipólito y don Ciriaco—son de carne y hueso, reales y auténticos; viajan en nuestro mismo departamento, se sientan con nosotros en el café, nos saludan en la calle; todos ellos nos son harto conocidos y algunos—particularmente para los pontevedreses—incluso familiares: viven todavía, los tratamos y hablamos con ellos a

cada paso. Al través de éstos nos es dado comprobar la habilidad de Barreiro, para dibujar una fisonomía y definir un carácter. Son tan certeras las pinceladas que aún teniendo en cuenta los naturales cuidados del disfraz identificamos a cada uno inmediatamente, sin equivocación posible.

Las doce biografías, breves, ágiles, son otros tantos estudios psicológicos, sazonados de originalísimas observaciones y curiosos comentarios. Barreiro, busca y halla la anécdota suprema de cada personaje, y nos la ofrece al final como una deliciosa sorpresa. A todos les une los mismos lazos de vida cotidiana y rutinaria, pero cada uno tiene su modo de ser, su secreto, su virtud peculiar y genuina. Barreiro no nos dice nuevo de ellos, nada que no sepamos nosotros; y, sin embargo, parece como si nos los "descubriese". Y es, sencillamente, que nos hace ver, nos hace "notar", lo que, sin pasarnos desapercibido, no acertábamos a considerar con la atención suficiente.

Esto es lo que ha realizado Barreiro, en su libro "Nosotros los hombres", novelando a doce personajes oscuros y ofreciéndonos un rasgo característico de sus vidas en una rápida visión definidora. Su estilo sencillo, claro y correcto, encuentra siempre la palabra justa y el concepto adecuado. Todo lo cual hace de "Nosotros los hombres" un relato encantador, lleno de humor, mejor aún de suave ironía, con que, como sin pretenderlo, porque viene como anillo al dedo, nos dice Ramón Barreiro cosas que denotan un espíritu de honda y fina condición observadora.—E. C.

Ramón Barreiro. "Nosotros los hombres". 1943. Imprenta de Madrid.

NOTA.—En esta sección daremos noticia y comentaremos aquellos libros de los cuales sus autores o editores nos remitan un ejemplar. Nos importa advertir que, por el carácter de nuestra Revista, únicamente deben atender esta nota los escritores gallegos o, los que no siéndolo, sus libros se refieran a Galicia.

UN AYUDANTE

La vida del castor era laboriosa por de más, pero tranquila. No hay tiempo para solazarse cuando uno tiene, como él, el agua a la entrada de la casa. Sin embargo, tampoco hay temores cuando un ingenio industrioso se sabe prevenir el peligro. Llevaba, pues, vida tranquila hasta el día en que, salpicada de barro, pero muy cortés, se le presentó una rata.

—¿Cómo? ¿Usted es roedor? ¡Pero si somos de la misma familia! ¡Primos hermanos!—exclamó la rata con regocijado asombro—. Y ya lo trató de tú y se le acercó para resregar los hociquitos.

Un poco cortado, pues no tiene costumbre de recibir visitas ni de charlar, el castor suspendió la tarea, examinando con un ojo a su interlocutora e intentando con el otro mirar la parte del dique que acaba de alisar con cola chata.

—Mucho placer—murmuró—y diciendo sin querer lo que pensaba, agregó: He oído decir que tengo muchos parientes, quizás demasiados...

—Pero con un afecto como el mío, ¡ninguno!—se apresuró a decir la rata, llevándose una pata al pecho—. ¡Ah! ¿Es esto un dique? Yazotó con la cola pelada la construcción recién hecha.

—¡Cuidado, señora!—dijo alarmado el castor.

—Bien; bien. Veo que es trabajo fácil. Desde este momento estoy a tus órdenes, completamente a tus órdenes. Quiero demostrarte con mi ayuda la gran simpatía que te tengo. Seré tu ayudante. Podrás descansar mientras yo trabaje. Esto se hace con barro, ¿verdad?; y con ramitas y trozos de corteza, ¿verdad? ¡Pues manos a la obra! ¡A ayudarte!

Y dió media vuelta y un salto dejando al castor aturullado. Apenas dado el salto, vió un montoncito de bellotas. El castor, cada vez que al regresar cargado de cortezas veía una bellota, la alzaba y la deja-

ba cerca de su casa para entrarlas todas juntas al final del día.

—¡Ah! ¿Me habías preparado de comer?—dijo la rata—. Y sin esperar respuesta, comenzó a roer ruidosamente las bellotas frescas.

A todo esto, el castor seguía mirándola desconcertado, pero ya apretando los dientes con un poco de rabia. Por primera vez en su vida había suspendido el trabajo en horas

me a comer... refunfuñó para sí el castor; y en voz alta respondió:

—Pilas y pilas de bellotas. Haga de cuenta que está en casa.

—Naturalmente; entre hermanos, no hay tuyo ni mío—dijo sonriendo la rata—. Y con la mayor desenvoltura dió otro salto y se coló por una de las entradas de la vivienda del castor. Cuando éste creyó que la descarada visitante



de sol y las aguas crecían de una manera alarmante.

—Sabrosas—murmuró la rata, sentada y pasándose las patitas de lanteras por el hocico.

—Pero ¿usted ha venido a ayudarme?—preguntó el castor con un acento en que se traslucía el enojo apenas reprimido.

—¡Por supuesto! ¡Naturalmente!—replicó la rata.—¿Tienes más bellotas en tu despensa?

—De manera que lo que quiere esta rata demasiado rata es ayudar-

se había internado bastante descargó un formidable colazo que hizo saltar un pedazo del dique. Por esa brecha corrió violenta el agua hasta entonces represada y penetró por otra entrada que la casa del castor tenía junto a la superficie del río. Eso importaba la ruina de una sección de su vivienda; pero, como dijo el castor:

—Si esta rata se salva de la inundación, no volverá a aparecer por estos lados. No hay nada peor que cierta clase de ayudantes para atrasar el trabajo.

ROMANCE DE LA NIÑA NEGRA

Toda vestida de blanco
almidonada y compuesta,
en la puerta de su casa
estaba la niña negra.

Un erguido moño blanco
decoraba su cabeza,
collares de cuentas rojas
al cuello le daban vueltas.

Las otras niñas del barrio
jugaban en la vereda,
las otras niñas del barrio
nunca jugaban con ella.

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en un silencio sin lágrimas
lloraba la niña negra.

Toda vestida de blanco
almidonada y compuesta,
en su féretro de pino
reposa la niña negra.

A la presencia de Dios
un ángel blanco la lleva;
la niña negra no sabe
si ha de estar triste o contenta.

Dios la mira dulcemente,
le acaricia la cabeza,
y un lindo par de alas blancas
a su cabeza sujeta.

Los dientes de mazamorra
brillan a la niña negra.
Dios llama a todos sus ángeles
y dice: «¡Jugad con ella!»

NOTA.—Desde el número próximo dedicaremos dos páginas a esta sección infantil, en las que podrán colaborar todos los pequeños lectores de FINISTERRE, enviándonos cuentos y dibujos. Es imprescindible que aquéllos sean breves y éstos trazados en tinta china, anotando al pie, nombre, edad y domicilio del autor.

EVOCAACIONES... PADRE SARMIENTO...

(Viene de la página ocho)

González Llana, Tomás Tuero y Antonio María Catena, de «El País»; con Pérez Galdós, con Luis Vidart, con la Pardo Bazán en su casa de la calle de la Victoria, y con muchos otros hombres ilustres que no recordamos. Y, especialmente, con Valle Inclán: Don Ramón bien sabía de la amistad de Don Lisardo con su padre, ya que fuera, de muy joven, su colaborador en el periódico «El Eco de Arosa». (Un inciso: Don Ramón del Valle, padre, hombre culto y notable poeta, administrador de Hacienda en Madrid, murió en Pontevedra siendo secretario del Gobierno civil de la provincia). Y le apetecía, además, a Valle Inclán pasear con Barreiro, porque así podía recordar con él, desde tan lejos, muchos de los tipos de sus novelas, tomados del natural en la Puebla del Caramiñal: «Xan de Vermo», los Montenegro, Rosario, de la aristocrática familia de Rábago, tan querida y apreciada por todos.

—...Y pocas líneas más para terminar: Merecen también ser leídas en «Evocaciones» las páginas referentes a la epidemia del cólera de 1885. Algunas son graciosas y otras tristes. Don Lisardo R. Barreiro, delegado sanitario de la Inspección establecida en Quereño, llegó a sacar enfermos de debajo de los asientos del vagón del ferrocarril, en donde los ocultaban sus compañeros, segadores que huían del interior de la Tierra de Campos, y asimismo conducir otros a hombros. Pero ha de reírse el lector cuando se imagine la facha del médico presentándose ante el gobernador civil de la provincia de Orense, D. Bartolomé Molina, con una levita muy larga, muy ancha y muy grande que le prestara, para ese menester, el médico pontevedrés D. Bernardo López Suárez Cobián...

—...Vemos, pues, por ese apretado catálogo de cosas, que la vida de D. Lisardo R. Barreiro, narrada modestamente por él mismo, fué una vida dura, aborascada, hasta cierto punto desordenada; pero honradísima, laboriosa y digna. Estudió sus carreras a costa de penosos sacrificios. ¿Qué mayor mérito? Y dejándonos ahora este libro «Evocaciones», que tanta falta hacía en la literatura gallega, sencillamente, generosamente, sin calcular y menos pensar, a la hora de la muerte que es como si nos dejara también, vivo, su corazón. ¡Gracias por todo, maestro, y descansad en paz!

(Viene de la página catorce)

partida de bautismo de Cervantes. Sobre el primer punto ya Fernández Espino, en su *Curso histórico-crítico de la literatura española*, había afirmado que en punto a rima y su origen «ningún erudito ha tratado la materia con la seguridad de criterio y con mayor copia de noticias», afirmación que en parecidas palabras repite el profesor Bleuca en el estudio preliminar de su reciente edición del *Laberinto* de Juan de Mena. A la patria del autor del *Quijote* consagró un escrito que lleva la fecha de 9 de Mayo de 1761, si bien parece incuestionable que la primera noticia sobre el particular la debió de oír Sarmiento a Iriarte, según cuenta Pellicer en su interesante *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles*.

Nuestro propósito fué advertir el error en que, alegremente, despreocupadamente, incluso con el general beneplácito, se viene incurriendo cuando al hablar de Sarmiento no se pasa de la recordación de esta o aquella anécdota que nos muestra la constante vinculación afectiva de Fr. Martín a la Villa de sus amores. ¿No será más interesante intentar, conscientemente, poner de manifiesto la universal valía de un pontevedrés de corazón? Incluso: ¿no ganarían más Sarmiento y Pontevedra?

(1) No olvidemos como muestra de esta preocupación reivindicatoria que el Dr. Marañón nos tiene prometido una biografía del Padre Sarmiento desde la publicación de *Las ideas biológicas del Padre Feijóo*.

(2) Rev. de Filología Española, XXI (1934), 142-157.

LEA USTED

FINISTERRE
Revista de Galicia

GRAFICAS TORRES

Don Filiberto, 9 — Teléfono 202 — PONTEVEDRA

MANOLO

GRANDES SALONES DE PEINADOS

•
Especialidad en Permanentes AL ACEITE
y Tintes naturales de las mejores marcas

•
M. Quiroga, 16-1.º = Teléfono 358
PONTEVEDRA



**CASA
PEREZ**

MÁQUINAS DE ESCRIBIR

TALLER DE REPARACIONES Y RECONSTRUCCION

Niquelados, Pinturas, Repuestos

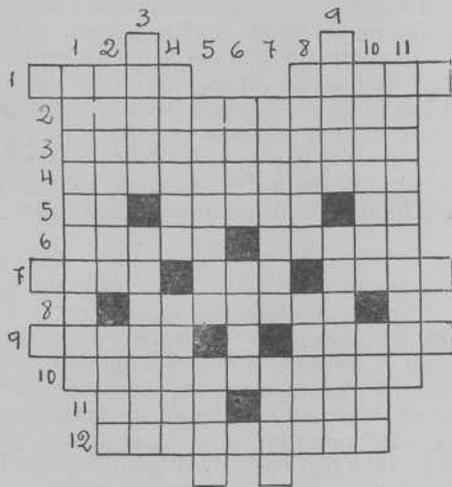
Abonos de Limpieza, Cintas y Papel Carbón

Puente, 14 - Teléf. 274 PONTEVEDRA

CRUCIGRAMA NÚM. 1

POR QUIQUE

El celebrado "crucigramista" del diario "Ya" de Madrid, "Quique", bajo cuyo pseudónimo se oculta un querido amigo nuestro, se encarga desde hoy de esta sección en FINISTERRE, respondiendo amablemente a nuestra invitación.



HORIZONTALES: 1.º Dar color a un dibujo con tinta china o color muy claro. Mamíferos carnívoros de América, de pelo suave y leonado.—2.º Que han de acabarse.—3.º Que incita al bien.—4.º Dejasen voluntariamente un sitio.—5.º Contracción. Cualquier cosa muy enmarañada o intrincada. Dios egipcio.—6.º Filósofo griego fundador del estoicismo. Yema de los vegetales.—7.º Con poca diferencia. Lo hacen las gallinas. Pronombre demostrativo.—8.º Imprégnanos algo en nitrógeno.—9.º Corta con hoz. Italiano.—10.º Espiarala.—11.º Cuadros de hortalizas. Guía de navegantes.—12.º Arañasen con la pluma.

VERTICALES: 1.º Remendería.—2.º Impedíles. Hijo de Érebo y de la noche.—3.º Robador de Helena. Río que separa el Canadá de los Estados Unidos.—4.º Saya interior, que usan las mujeres para abrigo. Muestras excesivas de sumisión o rendimiento.—5.º Charco formado a orillas de los ríos. Brazo de molino.—6.º Al revés, trato frecuente. General español de origen irlandés, fallecido en 1792.—7.º Villa de la República Dominicana. Anhelos vehemente.—8.º Cada una de las hojas que componen la corola de la flor. Escucharás.—9.º Pueblo de Valencia. Dejaré escrita mi última voluntad.—10.º Poneos en movimiento. Ala de ave.—11.º Correspóndela en el sonido.

La solución en el próximo número.

En el próximo número publicará

FINISTERRE

Revista de Galicia

entre otros no menos interesantes, los siguientes trabajos:

La Romería de la Franqueira

Cuatro gallegos premiados en la Exposición Nacional de Bellas Artes

Vida y milagros de Carolina Otero, la "andaluza" de Pontevedra

El hombre frente a la Guerra

«¡Miña casiña, meu lar!», (visita sentimental a la casa de Rosalía Castro, en Padrón)

La vendimia en el Ribero

El mundo de los astros. En Lalín con el Padre Aller

San Pedro de Mezonzo, autor de la «Salve».

S U C U T I S . . .

LLAMARÁ LA ATENCIÓN SI EMPLEA DIARIAMENTE

JABON DE SALES DE SAN JUSTO

FABRIL GALLEGA DE JABONES

TELÉFONO 110

PONTEVEDRA - MOLLABAO

PRODUCTOS DE INDUSTRIAS

- **BLANCOLIN**
- **ARGENTOL**
- **EXTRA**
- **POLIBRA**
- **FREGADINA**
- **LADRILLO ESPAÑOL**

"MABER"

SECCIÓN LIMPIEZA

Insuperable para la limpieza de bañeras, lavabos, mosaicos, metales y esmaltes.

Maravilloso para limpiar plata y sus derivados, oro, nácar y marfil.

No tiene rival en la limpieza de porcelana y cristallería de muy fina calidad.

Unico producto para desobstruir lavabos, bañeras y tuberías en cinco minutos.

El mejor preparado, en polvo, para limpiar cocinas y fogones.

Superior a todo otro producto, en bloques, nacional o extranjero.

Estos productos de fabricación nacional, aventajan a los más acreditados que se recibían del extranjero para la limpieza en general. Son de gran rendimiento, pues basta una pequeña cantidad para una superficie considerable.

FABRICACIÓN DE TAPAS PARA WATTERS Y ESTERILLAS PARA CUARTOS DE BAÑO

INDUSTRIAS "MABER" - PONTEVEDRA

ALMACENES DE FERRETERIA
Y QUINCALLA

Hijo de Saturnino Varela

●
PLAZA DE CURROS ENRIQUEZ
TELÉFONO 21
P O N T E V E D R A

●
SUCURSALES
Oliva, 13 - PONTEVEDRA
Príncipe, 4 - V I G O - Teléfono 2229

●
Almacenes de Venta al por Mayor
Curros Enríquez, 2 - Teléfono 212
P O N T E V E D R A

RAMON GONZALEZ DIAZ

GESTOR ADMINISTRATIVO
COLEGIADO

●
Benito Corbal, 33 - Teléfono 817
P O N T E V E D R A

●
REPRESENTANTE EN PONTEVEDRA DE



J. M. RIVERO
X E R E Z

Café - Bar - Restaurante
Taberna Española



U R Q U I N



Calle García Camba = PONTEVEDRA = Teléfonos 18 y 344